

BOLSILIBROS BRUGUERA

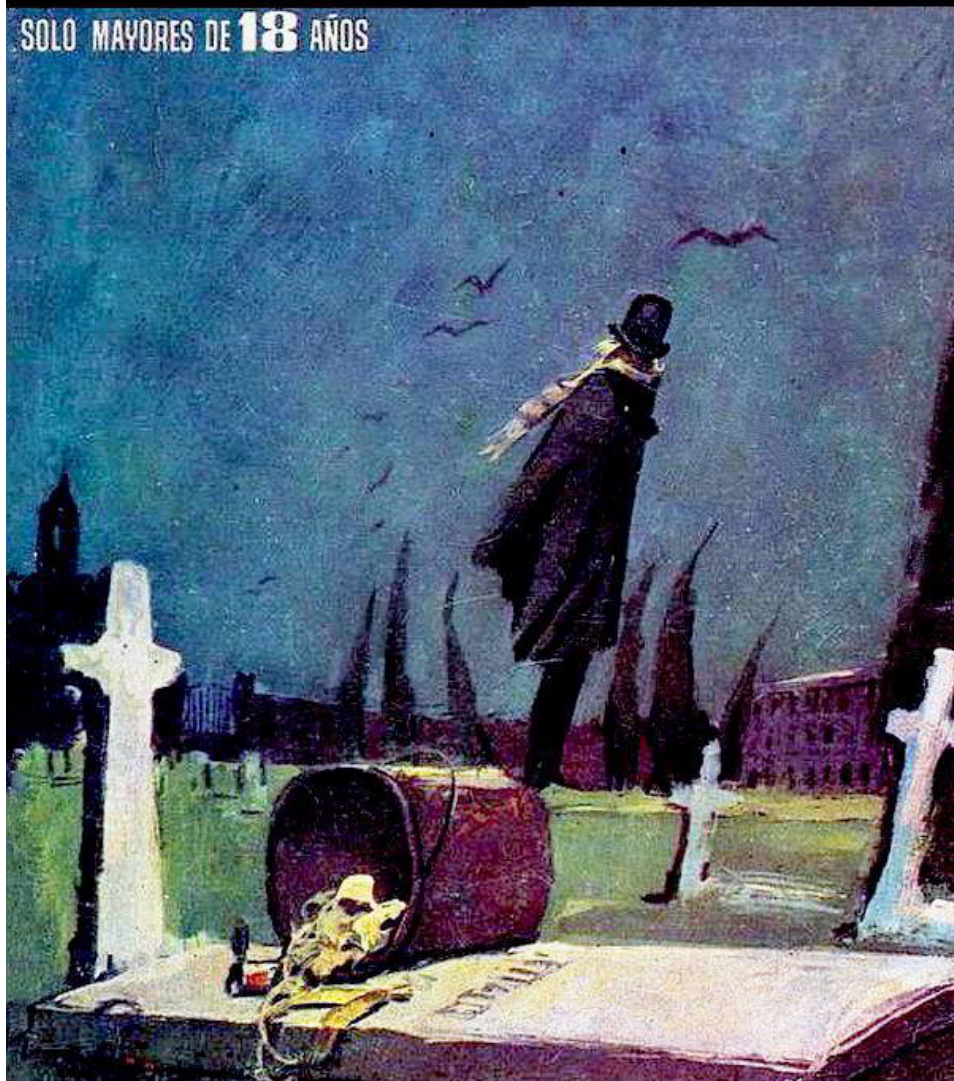


SERVICIO SECRETO

BASURA EN VUESTRAS TUMBAS

Silver Kane

SOLO MAYORES DE 18 AÑOS



Relato fantástico, violento, incluso con toques gore, de un desatado Silver Kane. La acción comienza con el secuestro de una joven por parte de unos desalmados y se mezcla con un combate de boxeo. El protagonista de la novela es un viejo campeón, Burne, al que se le presenta la última oportunidad de su vida. En un combate terrible y agónico, narrado con todo lujo de detalles, Burne consigue vencer. A pesar de que el médico le recomienda acudir urgentemente al Hospital ya que tiene los ojos dañados y corre peligro de quedarse ciego, Burne decide acercarse a casa de un viejo enfermo con el que se crió y al que considera su padre. Pronto descubre que la hija del viejo, Marta (de la que está secretamente enamorado), ha sido raptada por los sicarios de un mafioso (el viejo es el único testigo en un juicio contra el mafioso y con el secuestro quieren impedir que acuda a declarar). A partir de este momento comienza la búsqueda contrarreloj de Burne para descubrir quién ha secuestrado a Marta y dónde la tienen retenida. Iremos saltando de las indagaciones de Burne, salpicadas de humor y ansiedad, a terribles escenas de violación protagonizadas por los cinco integrantes de la banda. Cuando finalmente llega Burne al almacén donde tienen secuestrada a Marta, comienza el verdadero espectáculo Silver Kane. Pocas veces hemos visto a un Silver Kane tan violento, tan desquiciado, tan desbocado. Cuando Burne confirma que aquellos hombres han golpeado y violado sin piedad a Marta, su furia se desata. Asistimos, entonces, a cómo va eliminando uno a uno a todos los matones. La forma de hacerlo llama la atención por cruel, brutal y excesiva. También por angustiosa ya que según avanza la novela el protagonista va sufriendo períodos de parcial e incluso completa ceguera. El desenlace, sin embargo, no tarda en llegar...

Extraída de la página: <https://blogs.elnortedecastilla.es/vicentealvarez/2017/08/28/basura-en-vuestras-tumbas/>



Silver Kane

Basura en vuestras tumbas

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1416

ePub r1.0

Lds 17.11.18

Título original: *Basura en vuestras tumbas*

Silver Kane, 1977

Cubierta: Desilo

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2



SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

Diez de la noche.

La chica salió del gran portalón encima del cual estaba la inscripción esculpida en piedra casi ochenta años atrás. La inscripción decía: ESCUELA DE ARTE DRAMATICO DE SAN PATRICIO DE IRLANDA.

Descendió ágilmente los peldaños que llevaba a la calle acharolada por la humedad, esquivó un gran cubo de basura y dio la vuelta al pequeño coche, un «Ford» usado que había estacionado allí dos horas antes. Abrió la portezuela del lado izquierdo y se sentó ante el volante con un rápido movimiento, recogándose la falda.

Fue entonces cuando se le vieron perfectamente las piernas, hasta arriba.

Llevaba ropa interior fina, distinguida.

Era una tentación.

Y los ojos de los cinco hombres brillaron simiescamente desde la oscuridad del otro lado de la calle.

—Maravillosa —dijo uno de ellos.

—Tal como tú lo habías dicho, Mac.

—¿Qué os parece? ¿Os he engañado o no?

—No, no has engañado a nadie. Es la mujer más bonita que he visto este año.

—Pues pronto será nuestra.

—¿Fácil?

—Más fácil de lo que todos creéis.

—¿Está preparado Grover?

—Preparado.

—¿Y el coche?

—Vamos a él. Pronto, ahora no hay que perder un minuto. Spencer tiene el motor en marcha.

* * *

El preparador dijo, pensativamente, mientras una especie de nube gris pasaba por delante de sus ojos:

—He hecho lo que tú querías, Burne.

Burne abrió y cerró los puños un momento, se miró los nudillos y sus poderosos bíceps parecieron saltar con aquel simple movimiento. El duro pecho de campeón del peso pesado se infló, mientras el aire penetraba en él como un torrente.

—Has hecho bien, Key —dijo.

—Burne, esto es un suicidio.

—¡Hala, Key!, ponme los vendajes antes de subir al *ring*. No necesitamos hablar una palabra más.

—Estaré diciendo palabras hasta que me muera, Burne, aunque a ti no te guste. Repito y repetiré siempre que esto es un suicidio. No sé por qué me he dejado convencer por ti. No tiene sentido. He dado mil dólares al médico de la Federación para que diga que estás en condiciones de pelear, cuando tú sabes perfectamente que no lo estás. Tuviste un *K. O.*... hace cosa de un mes.

—Fue un accidente. Tú sabes que fue un accidente porque me cazaron en frío.

—Según las normas de la Federación, tú no podrías pelear esta noche, Burne.

—De acuerdo, de acuerdo, pero todo puede arreglarse si un médico firma un certificado diciendo que puedo pelear. Y el matasanos lo ha firmado, ¿no? ¡Pues adelante! No veo que haya motivo para que esta pelea sea peor que cualquier otra.

Key le miró desconsolado, mientras empezaba a ponerle los vendajes, sin poder evitar que sus dedos temblaran.

—Burne —dijo—, ¿qué me explicas de los vértigos que sufriste después de aquel *K. O.*? Fue un golpe de mala suerte, cierto, ¡pero qué golpe! ¿Qué me explicas de los zumbidos en la cabeza y de las cosas que veías dobles, como los borrachos? ¿Qué pasará esta noche

si te vuelven a dejar *K. O...* Burne? ¿Te das cuenta? Tú enemigo es seis años más joven que tú. Sólo tiene veintidós años, mientras que tú ya tienes veintiocho. Sí, sí, ya sé... ¡Veintiocho años no son nada! Pero cuando uno no puede cuidarse; cuando trabaja, además, en otra cosa, cuando ha recibido un golpe de mala sombra..., ¡son demasiados años, infiernos! ¡Son demasiados! ¡En estas condiciones no puedes enfrentarte al campeón!

—El campeón lo he sido yo —musitó Burne, con una voz que parecía terriblemente lejana.

—Tienes razón. *Lo has sido.*

—Haz el favor de no mirarme con lástima, Key. Tú sabes que puedo vencer. Además...

Hizo una pausa mientras sus cejas castigadas por los combates se arqueaban un poco. Su preparador musitó:

—Además, ¿qué?

—Uno ya no puede desdeñar un combate cumbre, cuando los organizadores ya han empezado a olvidarle —susurró Burne—. Sí, eso es... ¿Para qué ocultar la realidad? Han empezado a olvidarme y yo no puedo perder esta oportunidad. Necesito dinero.

—No lo necesitas para ti, Burne.

—¿Pues para quién?

—A mí no hace falta que me engañes. Lo necesitas para ese maldito viejo y para su maldita hija.

—¡Ese maldito viejo lo fue todo en mi vida, Key! Y basta ya de hablar. ¿No oyes los gritos de la gente? Acaba de terminar, antes del límite, el último combate.

Y volvió a mirar sus puños, que ya estaban casi vendados, pero se dio cuenta, entonces, de que no los veía bien. Parecían ir, venir, confundirse, hacerse lejanos, aclararse, cambiar de sitio y de luz... Movi6 la cabeza.

Le pareció oír desde muy lejos la voz del empleado que acababa de abrir la puerta del vestuario.

—Burne, rápido, que ahora sales tú.

Burne hundió la cabeza.

Diez quince de la noche.

Llevaban exactamente quince minutos siguiéndola, desde que ella abandonó la escuela de arte dramático. Al principio, había creído que era una simple casualidad, pero ahora se daba cuenta de que no, de que la seguían realmente. Mientras su pequeño automóvil dejaba a la izquierda Harlem y atravesaba el puente de Triboro para dirigirse a Queens, vio que el potente «Cadillac» casi le pisaba los talones. Para cerciorarse de que venían tras ella, Marta hizo una maniobra absurda, metiéndose en la corta calle de dirección prohibida, y el «Cadillac» la imitó. Fue entonces cuando unas gotitas de sudor helado aparecieron en las sienes de la muchacha.

Ella conocía, en parte, la cantidad de asesinatos, de robos y de violaciones que hay cada noche en Nueva York, y por eso tomaba todas las precauciones: no entretenerse ni un minuto en la calle, dejar el automóvil ante la puerta, rodar por calles habitadas y usar neumáticos sin cámara para estar segura de que ningún pinchazo inoportuno la frenaría en un lugar solitario. Pero a las diez quince de la noche son pocas las calles frecuentadas de Nueva York, especialmente si una vive en los barrios pobres que se alinean a la izquierda de la autopista que conduce al Kennedy.

Aceleró, pero se dio cuenta enseguida de que era inútil. Su «Ford» usado, nunca podría competir con el «Cadillac» nuevo, seguramente robado, que la seguía. Y además sus perseguidores lo hacían con una insolente desfachatez; con esa tranquilidad que da el sentirse dueños de una ciudad que es suya. Incluso se permitieron ir un momento a su altura para verla bien, y entonces, Marta se dio cuenta de que eran cinco.

Vio sus caras jóvenes.

Brutales.

Sus ojos acerados.

Dos negros y tres blancos.

Luego la pasaron como una exhalación, se perdieron por una calle lateral, hicieron que en el corazón de Marta naciesen otra vez las esperanzas y, de pronto, aparecieron media milla más allá, en el próximo cruce, esperándola. Marta sintió, entonces, como si la carretera se hundiese delante suyo.

El conductor del «Cadillac» mantuvo, entonces, el coche a medio gas, limitándose a no perder de vista al otro. Luego miró a sus compañeros con el rabillo del ojo.

—¿La habéis observado bien?

—Sí... Es preciosa.

—Oye, ¿cómo puede ser tan guapa? Hay en ella algo extraño...

—Es judía.

—Sí, las judías tienen fama... ¿Edad?

—Dieciocho.

—¿Virgen?

—¡Pues claro!

Hubo un silencio, sólo roto por el crujido de un fósforo al desprender la llamita ante un cigarrillo. Todos estaban tensos y con las facciones contraídas.

—¿La habéis visto actuar en *Love Story*?

—¿Aún representan eso?

—En pequeñas compañías de aficionados, haciendo una adaptación de la novela. Pero ella está magnífica. Podría ser una profesional.

—O sea, que, encima, es una buena actriz.

—Estupenda, ya os lo he dicho.

—Bueno, pero eso a nosotros no nos importa.

—Lo que importa son sus pechos.

—Y sus muslos.

—Y...

—¿Dónde la atraparemos, Mac?

Mac lanzó una breve carcajada.

—¿Impacientes, machos? —preguntó—. ¿A qué viene eso, con la experiencia que tenéis? Ya falta poco, idiotas...

* * *

Diez veinticinco de la noche.

—¡Primer asalto!

Había sonado el gong. Burne avanzó con los brazos caídos, tranquilo, con la guardia baja. Sus maestros habían sido todos

grandes profesionales del boxeo americano, que lo fía todo a la pegada y a la rapidez en sacar los brazos. *Conviértelos en catapultas. ¡Machaca! ¡Machaca! ¡MACHACA!* Esa era la ley. Burne hizo una flexión, esquivó fácilmente el primer zurdazo y encontró las cuerdas a su espalda. Luego su enemigo entró alocadamente, deseando acabar ya en el primer asalto, y los dos entraron en *clinch*.

Cuando se separaron, Burne subió la guardia: Malone atacaba arriba y parecía tener una potencia terrorífica en los puños, esa noche. Los guantes de Burne temblaron a causa de los impactos, cuando se cubrió.

Hizo otra flexión, salió del ángulo de las cuerdas y lanzó un zurdazo al hígado. Era su golpe favorito, era su *marca de fábrica* que lanzaba con una desconcertante rapidez. Le salió bien y vio como los ojos de Malone se volvían instantáneamente blancos.

Pero fue solo un momento. Burne cometió el error de querer lanzar, entonces, su derecha.

Se descubrió un momento. No se dio cuenta de nada hasta que las luces que colgaban sobre el *ring* empezaban a dar terribles vueltas encima suyo. Giró sobre las cuerdas, mientras el aullido de la multitud parecía entrar en su cerebro como una espada maldita.

* * *

Diez treinta.

Los ojos de la muchacha temblaron dentro de las órbitas. De pronto se dio cuenta de que estaba apretando el volante con tanta fuerza que los dedos le hacían daño. Las luces de la carretera temblaron ante ella.

Pero, mientras tanto, procuró que su cerebro no se nublase, y con todas las fuerzas de su vida intentó buscar una salida para aquella situación. Comprendió que, para llegar a su casa, necesitaba tomar uno de los oscuros ramales que salían de la autovía principal, sitio perfecto para que le cortasen el camino y la asaltaran. En cambio no se atreverían a hacer eso mientras rodase por la vía que conduce al aeropuerto, y donde, al mismo tiempo que ella, rodaban algunos otros coches.

Por lo tanto, y como no podía pedir auxilio a ningún otro automovilista porque Nueva York es la ciudad de la indiferencia, resolvió llegar hasta el Kennedy, detenerse allí y pedir ayuda a alguno de los policías que vigilaban los edificios. Daría a aquellos tipos una buena lección.

Pero sus ojos se iluminaron de alegría cuando se dio cuenta de que para eso no iba a necesitar llegar al segundo aeropuerto de Estados Unidos. Un motorista de la policía le estaba haciendo señas para que se detuviese. Quizá ella tenía algún faro estropeado o había sobrepasado el límite de velocidad.

Los policías que nos detienen en mitad de las carreteras nunca son simpáticos, pero, en cambio, Marta estaba dispuesta a dar en aquel momento, años de su vida por un encuentro así. Detuvo inmediatamente el coche mientras gemía:

—¡Gracias a Dios!

El «Cadillac», como una exhalación, pasó de largo.

El policía, joven y bien parecido, le sonrió a través de la ventanilla.

—¿Se ha dado cuenta de que lleva un faro apagado?

—No, no me he dado cuenta.

—Por favor, su documentación.

—Le daré lo que quiera, agente, pero tiene que ayudarme. Usted es, esta noche, mi ángel salvador.

—¿Ayudarla en qué? ¿Es que le ocurre algo?

—Cinco tipos en un «Cadillac» me han estado persiguiendo desde la calle Ochenta. Son esos que acaban de pasar.

—¿La han amenazado?

—No, pero es evidente que quieren atraparme en un sitio solitario. Y si me atrapan sé que... que será terrible.

El agente la miró con una mueca de incredulidad. De pronto, al mirar la cara aterrada de la chica, pareció tomar una decisión.

—¿Va usted lejos? —preguntó.

—No. A Crescent Road. Es la próxima salida.

—No se preocupe, la acompañaré.

—¡Oh...! ¡Oh, gracias! ¿Pero y si le hacen perder el equilibrio a la moto? Saben perfectamente que, luego, los jueces los absuelven... Han pasado cosas que...

—No, no iré en la moto porque en eso tiene usted razón: podrían

derribarme. Conduzca, mientras yo voy a su lado.

—No sabe co... como se lo agradezco.

—Vaya tranquila.

Marta puso primera y arrancó, mientras una ancha sonrisa distendía sus labios. ¡Dios santo, estaba salvada! Ahora podía llegar perfectamente a su casa y evitar para siempre lo que pudo haber sido una horrible pesadilla. Señalando el paquete de cigarrillos que estaba sobre el salpicadero, ofreció:

—¿Quiere uno, agente?

Y tomó, a la derecha, la oscura salida de Crescent Road.

Él dijo:

—No, gracias.

Y fue, entonces, cuando Marta lo notó.

Cuando notó aquellas dos cosas increíbles.

El cañón del revólver apoyándose en su sien.

La mano, metiéndose audazmente entre sus piernas.

A Marta le faltó, incluso, fuerza para gritar.

La voz dijo:

—Frena. Frena ahora, muñeca.

Marta vio las luces del «Cadillac» que ya les esperaba. El «Cadillac», que se había detenido en lo más oscuro de la curva.

CAPÍTULO II

Diez cuarenta de la noche.

Key farfulló:

—No sé cómo has podido aguantar el segundo asalto, Burne... La caída del primero, te ha dejado a su merced... Has hecho mal en levantarte, en seguir... Un hombre prudente hubiera acabado allí mismo...

Burne intentó sonreír, mientras notaba que el agua fría de la esponja le resucitaba la piel al resbalarle por la cara.

—¿Ésos son los ánimos que un *manager* da a su boxeador? —musitó—. ¿Ésos?...

—¡Burne, por Dios!, tú sabes, perfectamente, que no soy tu *manager*, sino un amigo. Te han cazado en el primer asalto no porque seas malo, sino porque no ves bien. Los ojos te engañan, te dan mal las distancias... En el segundo asalto no sé cómo has podido aguantar, porque flotas sobre el *ring*... Hazme caso. Si te tumba otra vez, no te levantes.

Burne negó suavemente, mientras decía:

—Es mi última oportunidad, Key. Si se acaba el combate, se acaba la plata.

Y giró la cabeza para que le pusieran el protector de boca. En aquel momento, la voz gritó:

—¡Tercer asalto!...

Diez cuarenta y cinco de la noche.

Mac dijo, mientras saltaba del coche:

—Magnífico, Grover. Los papeles de policía se te dan muy bien. ¿Recuerdas cuando nos llevamos a aquellas dos niñas negras, con el mismo cuento?

Grover dijo, con una mueca inhumana:

—Descansen en paz.

Sabía que eso acabaría de hundir a Marta, que la aterraría, que la convertiría en un fardo. Y, en efecto, así sucedió. La primera reacción de la muchacha fue hundirse tan completamente, que ni siquiera se pudo mover del asiento.

—Conduce tú, Grover —decidió, entonces, Mac—. La chica que vaya a tu lado, delante. Yo iré detrás con la pistola. Los demás nos seguirán en el «Cadillac».

Tiró bruscamente del pelo de la chica para hacerle cambiar de sitio. Ella gimió. De pronto, se encontró con el cañón de otra pistola, pero ésta clavada en su nuca.

Sabía que iba a ser inútil resistir.

Todo terminaría con un disparo, con un coche abandonado en una curva.

Y un «Cadillac» abandonado, también, pero en el extremo opuesto de Nueva York, después de quemar los neumáticos auténticos y cambiarlos por otros robados, por si había dejado marcas en el cruce de Crescent Road. Nadie relacionaría un vehículo con otro.

Y luego un cadáver a la Morgue.

Y la autopsia.

Y la angustiosa identificación.

Y el vacío para siempre.

Descanse en paz.

Fue en ese terrible momento cuando Marta resolvió vivir, vivir a costa de lo que fuera, puesto que sólo en vivir estaba su esperanza. Hundió la cara entre las manos, mientras notaba que su coche volvía a rodar, pero ahora conducido por el falso policía.

—No te extraña —dijo, a su espalda, la odiosa voz de Mac—. Todo esto lo teníamos preparado desde hacía tiempo.

Los dos coches pasaron de largo por Crescent Road, salieron de

nuevo a la autopista y entraron otra vez en Manhattan por el lado opuesto a aquel que habían usado para salir. Habían abandonado la isla por el norte, por Harlem y el puente de Triboro, y ahora la encontraban de nuevo por el sur, por las calles de la Loer Bay. Se dirigieron hacia el oeste por la calle Cuatro.

La muchacha miró, aterrada, las casas bajas.

El sombrío West Side.

Basuras.

Hoteles baratos.

Tiendecillas.

Parkings donde los ladrones acechaban.

Callejones sin nombre, entre los edificios.

Muerte.

Los dos automóviles dieron varias vueltas en torno a una zona para desorientar a cualquiera que les siguiese, pero lo cierto era que no les seguía nadie. Luego se dirigieron más al oeste, hasta casi alcanzar el Hudson, y la muchacha se dio cuenta, entonces, con asombro, de que subían una rampa.

El garaje estaba allí, en el primer piso. Era un garaje para coches de turismo, pues el piso de abajo estaba destinado a camiones pesados. Se trataba de un enorme almacén de carga y descarga.

No se veía en él ni una luz.

Parecía abandonado desde mucho tiempo antes.

Al final de la rampa, alguien abrió una puerta metálica, surgiendo de entre las sombras. Los dos coches entraron sin el menor ruido.

Marta tenía los ojos terriblemente abiertos.

Pero no veía nada.

Sombras por todas partes. Sombras... ¡Sombras!

De pronto, una lucecita se encendió. Pudo ver, entonces, al que había abierto. Era un tipo de unos cincuenta años, bajo, gordo, con la mirada vidriosa. Había en él algo repelente; algo que no se podía explicar, pero que lo hacía diferente de los demás hombres sin que se supiera por qué.

Mac gruñó:

—¡Eh, Perry!

—Dime, Mac —murmuró el de la mirada vidriosa.

—¿Todo bien?

—Todo. El almacén fue clausurado, ayer, para una revisión municipal, porque el piso inferior amenaza hundirse, pero los arquitectos no vendrán hasta el lunes.

La muchacha miró aterrada en torno suyo.

¡El lunes!

¡Era viernes!

¡Tenían toda aquella noche y luego, el sábado y el domingo, para hacer con ella lo que les viniera en gana!

El chillido espasmódico quedó ahogado en su garganta cuando la portezuela de su lado se abrió.

—¡Hala, fuera! —dijo la voz.

La lucecita alumbraba, a medias, el almacén, que debía ser inmenso. Más allá se adivinaban puertas que llevaban a habitaciones herméticas.

Todos aquellos tipos habían bajado ya.

Seis cuerpos, contando el del vigilante del almacén, la rodeaban.

De pronto dos manos la atraparon.

Ella intentó lanzar, apenas, un gemido. No brotó de su garganta.

Y aquella voz ominosa:

—¿Qué te parece, Perry?

—Maravillosa.

—Lástima que tú no la puedas probar.

Se oyó una especie de ronquido.

—¡Es igual! Miraré lo vuestro.

Y los ojos de Perry se enturbiaron aún más, se hicieron viscosos y casi líquidos.

Marta se dio cuenta, entonces, de que todo daba espantosas vueltas en torno suyo.

Se llevó las manos a los ojos.

Y cayó a tierra sin sentido, como un fardo, mientras un gemido ronco escapaba de su garganta.

* * *

Once diez de la noche.

—¡Uno... Dos... Tres... Cuatro... Cinco...!

Burne sabía que el árbitro contaría hasta ocho aunque él se levantara, porque así lo exigía el reglamento. Era una protección mínima que se ofrecía al caído, para que se recuperase un poco. Por eso no se dio prisa, aunque tenía ya las rodillas tensas para ponerse en pie.

Era su tercera caída. Había tenido otra más, aparte la del primer asalto.

De la inmensa sala del Madison, donde tantos y tantos hombres soñaron triunfar, se elevaba un espeso murmullo.

Era ese murmullo medio decepcionado medio tenso de la multitud, que sabe que el combate va a terminar de un momento a otro, y se dispone a presenciar el golpe definitivo. Muchos lamentaban que la pelea terminara antes del límite, pero la mayoría se mantenía ya tensa y emocionada, con una especie de tensión salvaje, ante la inminencia del K. O. Y Burne sabía que ese K. O. iba a ser el suyo.

Los pensamientos eran como flechas que atravesaban su cerebro castigado. Docenas de pensamientos en un solo segundo.

El fracaso absoluto, después de aquella derrota.

Las esperanzas, hundidas.

La retirada.

El dinero que ya no vuelve nunca más.

Los que dependían de él, también perderían la esperanza.

Aquello era el fin.

—¡Siete! ¡Ocho!

Como entre brumas, vio la cara desesperada de Key. Le estaba haciendo señas para que no se pusiera en pie, para que aguantase en aquella posición, sólo dos segundos más.

—¡Nueve!

Burne se alzó.

El árbitro, que ya se disponía a decretar el *out* frenó el movimiento de sus brazos. La multitud, que ya gritaba, calló de pronto, en una especie de religioso silencio.

Burne sacudió la cabeza.

¡Dios santo...!

No veía a su enemigo, no veía el otro lado del *ring*.

Mecánicamente, se cubrió.

Y entonces el campeón vino hacia él. Lo distinguió,

contusamente, a la izquierda. Notó su puño que volaba.

SSSSGGSSSS...

Como una bala, el guante pasó junto a él. Burne había esquivado, porque era un maestro. Se dio cuenta de que el otro, deseando acabar pronto, se descubría.

Burne concentró sus fuerzas en una décima de segundo. Casi destruyó el protector de dientes, a causa de la terrible presión de sus mandíbulas.

Izquierda.

Su enemigo vaciló. No esperaba aquel golpe, cuando más confiado estaba. Los ojos quedaron blancos otra vez, durante unas décimas de segundo, al notar esa terrible flojedad que sigue siempre a los impactos al hígado, y que el público casi nunca advierte.

Derecha, para mantenerlo a distancia.

Izquierda.

El campeón se encogió.

Ahora había acusado el impacto con tanta claridad, que en las primeras filas se escuchó un murmullo. Burne también se dio cuenta de que, por unos instantes, lo tenía a su merced.

Y jugó su carta.

¡Izquierda!

Aquello era una ametralladora.

¡Derecha!

El campeón intentó ligarse en *clinch* para ganar tiempo, mientras se le abría la boca, pero Burne retrocedió sin dejar de golpear. Ahora, de pronto, lo veía todo con maravillosa claridad. Las luces del *ring* tenían, incluso, una especie de colorido mágico. Su enemigo vaciló mientras él golpeaba una vez... Otra... ¡Otra! ¡OTRA!

El público de las primeras filas se había puesto en pie. La sala rugía. El propio árbitro estaba asombrado ante aquella reacción incomprensible, la verdadera reacción de un muerto.

Faltaban sólo veinte segundos para que finalizase el asalto.

El campeón vacilaba en las cuerdas, cubriéndose con la boca abierta. Había perdido el protector. Desesperadamente, intentaba ganar tiempo.

En el otro asalto todo sería distinto. Necesitaba aguantar sólo diecinueve segundos. Dieciocho... ¡Diecisiete!

Su cuidador se lo estaba gritando desde el rincón: «¡Aguanta!

¡Son dieciséis segundos! ¡Cúbrete y no pelees! ¡No pelees! ¡Aguanta!».

Burne lanzó su puño derecho.

Fue un impacto demoledor.

La fuerza de Burne, cuando pegaba bien, era terrorífica. Educado en la vieja escuela del boxeo a por todo, uno solo de sus mazazos bastaba para destrozar los huesos de un enemigo.

Y ahora tuvo la sensación de que la cara del campeón se deshacía debajo de su guante.

De pronto, otro terrible silencio se había hecho en el Madison.

El público mascaba el *K. O...* pero un *K. O.* terrorífico, alucinante. El campeón flotaba en el *ring*. No se cubría.

Izquierda, para hacerle bajar la guardia.

¡Derecha!

El bloooooom pareció sonar en el *ring* como una terrible campana de goma. El campeón salió despedido hacia atrás, y quedó colgado entre las cuerdas. Un hilo de sangre empezó a resbalar por su boca.

Burne se retiró al rincón neutral.

Pero se equivocó.

De pronto otra vez aquella cosa incomprensible. De pronto no veía y no sabía dónde estaba en este momento. ¡No veía nada! ¡No veía nada!

Key le gritó:

—¡A ese rincón! ¡Pronto! ¡A este otro! ¡El árbitro no empezará a contar mientras tú estés ahí! ¡Pronto!...

Burne se acercó al otro lado, vacilando.

La gente pensaba que también él estaba al borde del *K. O...* pero la realidad era que no veía nada. Como si las cosas sucedieran en otro planeta, oyó la cuenta del árbitro.

—Siete... Ocho... Nueve... Diez... ¡Out!

Y luego fue el delirio. La gente que subía al *ring*, que le abrazaba, que le golpeaba la espalda, que casi le zahería. Key estaba llorando. Su rival se había incorporado y estaba sentado en el taburete, pero sin darse cuenta aún de lo que pasaba. La sala del Madison parecía hundirse.

¡Burne era ya uno de los aspirantes al campeonato del mundo de los grandes pesos! ¡El muerto, *el hombre acabado*, había resucitado de sus cenizas!

Pero había algo que nadie podía adivinar. Algo que, por el momento, estaba en lo más profundo y en lo más terrible del secreto de Burne.

Éste no veía nada.

Tuvo que sujetarse dos veces para no caer del *ring*.

CAPÍTULO III

Once cincuenta de la noche.

La muchacha sentía unas arcadas terribles en el estómago, pero no llegaba a vaciar lo que tenía dentro. Una náusea espantosa la mantenía clavada en el umbral de aquella habitación.

Veía la pieza cuadrada.

Ni una ventana.

Sólo una sórdida bombilla iluminando la cama.

Y unas argollas en la cabecera de ésta.

Todo estaba preparado, hasta el último detalle.

Allí iban a sujetarla.

Mientras la empujaban brutalmente, uno de ellos dijo:

—Más vale que no te resistas, muñeca. Lo que tiene que suceder, sucederá de todos modos, o sea que si, encima, te resistes, vas a ganar una buena paliza. Eso será lo que tendrás de propina.

Y la lanzaron salvajemente sobre la cama.

La falda se le subió hasta arriba.

Eso pareció enardecer terriblemente a los esbirros, uno de los cuales quiso saltar ya sobre ella, pero los otros le detuvieron. Una voz lenta y ominosa, dijo:

—No quiero complicaciones. Esa fierecilla es capaz de sacarle los ojos a alguien. Primero, las argollas.

Marta se puso a chillar espasmódicamente, pero sabía que aquéllos, gritos no iban a llegar a ninguna parte, y que no atravesarían aquella muralla de vacío y de tinieblas. Varios brazos cien veces más fuertes que los suyos, la doblaron brutalmente e hicieron encajar las argollas en sus muñecas. Luego las sujetaron, a su vez, a los barrotes de la cabecera de la cama, con lo cual la muchacha quedó completamente inmovilizada de medio cuerpo

para arriba: Lo único que podía hacer era girarse, y aun eso, con dificultad. Las piernas quedaban libres, pero eso era precisamente lo que querían sus verdugos.

Todos la miraron, entonces, desde la puerta.

Vio sus caras sádicas.

Sus ojos inyectados en sangre.

Un silencio espantoso, desolador, parecía haberse abatido ahora sobre aquella habitación en la que descansaba la luz espectral de la bombilla.

Una voz opaca dije, entonces, los nombres:

—Más vale que nos vayamos conociendo, muñeca Tienes que saber quiénes son tus dueños, ahora.

Y el que hablaba empezó por señalarse a sí mismo.

—Yo soy Mac.

Y luego:

—Éste es Gregor, el falso *poli*.

Continuó presentando a los otros:

—Éste es Perry, el guardián del almacén y el que nos ha facilitado el agujero para que disfrutemos todos. Como ya irás comprendiendo más tarde, será el único que no te hará nada. Pero no por falta de ganas. Es que no puede.

La voz siguió haciendo las presentaciones:

—Éste es Spencer.

—Éste es Rován.

—Éste es Baltimore.

—Éste es Bayard.

La cabeza de la muchacha fue girando, fue de una cara a otra, de una mirada metálica a otra. En ninguno de aquellos ojos, de aquellas expresiones, encontró la menor chispita de humanidad.

—¿Pero por qué yo? ¿Por qué? ¿POR QUE? —gimió mientras sentía que otra vez se le destrozaba la garganta.

—Porque eres la chica más bonita que conocemos y porque nos da la gana de que sea así, muñeca —dijo, de nuevo, la voz de Mac—. Vete aprendiendo que aquí somos nosotros los que imponemos la ley. Pero, además, hay otra razón, y esa razón la sabrás a su tiempo. Ahora vamos a ver a quién le toca primero. Eso lo decidirán las cartas.

Se oyeron unas risitas lentas junto a la puerta. Ésta se cerró poco

a poco.

La habitación, de no ser por los sollozos entrecortados de Marta, hubiese podido parecer una tumba.

* * *

Doce diez de la madrugada.

El médico dijo, con voz metálica; una voz que parecía llegar desde infinitamente lejos:

—Supongo que esto puede ser desprendimiento de retina, Burne. Estabas ya mal cuando has subido al *ring*, para qué vamos a engañarnos, y los golpes que has recibido han acabado de hacer el trabajo. Lo que debemos hacer es hospitalizarte inmediatamente.

—Pero es que en este momento veo bien... —musitó Burne.

—Precisamente por eso la lesión aún puede arreglarse. El desprendimiento no es total y, por lo tanto, pasarás por diversas fases, hasta que, en último término, no verás ni tus propios dedos. Lo siento, Burne, pero tengo que internarte inmediatamente.

Key, que le estaba ayudando a vestirse, murmuró:

—Pues claro que sí, doc. ¡Hágalo...! No quiero creer que el campeón haya disputado, esta noche, su última pelea.

Burne pensó, amargamente:

«Vaya... Ya vuelvo a ser el campeón».

Pero eso no le produjo emoción ninguna.

Mientras se encajaba su americana deportiva, que le permitía una perfecta facilidad de movimientos, dijo al médico:

—De me una hora de indulto, *doc*.

—¿Una hora para qué?

—Quiero decirle a Lummis que ya soy el campeón.

El médico le miró de soslayo.

—Has luchado por él, ¿verdad, Burne? —preguntó quedamente.

—¿Por qué negarlo?

—Ya veo: no lo niegas. ¿Pero qué es ese hombre para ti?

—Pongamos que mi padre.

—Tú no conociste a tu padre, Burne.

—Justo. Lummis fue el único al que conocí.

—¿Quieres pagarle lo que hizo cuando tú eras un niño?

Burne apretó los puños, mientras miraba al vacío.

—Le juré que sería campeón durante muchos años y que le haría vivir como un príncipe —musitó—. Por desgracia las cosas han ido mal muchas veces y no he podido atender a Lummis como él merecía, pues está medio paralítico a causa de una bala que unos forajidos le clavaron cerca de la columna vertebral. Tiene muchos gastos, y yo no siempre he podido cubrirlo. Él lo sabía y... ¿qué hizo? Se largó al sitio más oscuro de Nueva York, al sitio más profundo, al agujero más negro para que yo no pudiera encontrarle y no ser, así, una carga para mí. Así se ha mantenido en una oscura pobreza durante más de un año, hasta que he podido dar con él. Y ahora qué sé dónde está; ahora que soy otra vez el campeón, quiero que lo sepa de mis propios labios. Quiero decirle, yo mismo, que todo volverá a ser como en los buenos tiempos.

Key le miró fijamente a los ojos.

—¿Qué buenos tiempos, Burne? —preguntó, con voz opaca.

Pero Burne simuló no haberle oído.

—Sólo quiero una hora, *doc* —dijo—. Luego ingresaré en esa cochina clínica.

Y salió de allí.

Key le gritó:

—¡Oye, no hace falta! ¡Ya debe haber visto el combate por televisión!

—No es lo mismo —susurró Burne.

Y salió.

Se perdió en las calles de Nueva York como otra más de sus cochinas sombras.

* * *

Doce veinticinco de la madrugada.

—Paso.

—Voy.

—Yo también, Mac.

—Paso.

—Tengo mejor juego que tú, Mac.

—Narices. Van cien y la chica.

—Ciento cincuenta y la chica.

—Quinientos.

—¿Qué?

—He dicho quinientos.

Las secas palabras sonaban, como latigazos, en la penumbra de la habitación bajo el cono de luz de la lámpara. Eliminados dos hombres en las anteriores partidas, ahora se disputaban entre cuatro más, el *honor* de ser el primero. Pero de esos cuatro, solamente Mac y Baltimore creían tener el juego suficiente para ganar.

—Yo mil.

—No quiero faroles, hijo de perra.

—Tú sabes muy bien que no lo es.

—Dejémonos de tonterías. ¡Cartas!

—Está bien. Más vale que las pongamos al descubierto. Mira.

Los naipes aparecieron cara a la luz.

—Parejas.

—Escalera real.

—¡Eres un maldito hijo de p...!

—Basta de tonterías y de disputas —dijo otra voz, surgiendo de los que miraban—. Ése era el arreglo. El que ganaba, ganaba.

Baltimore dijo, mordiéndose el labio inferior y arrojando las cartas sobre la mesa:

—Está bien, hijo de la gran marrana. Tú ganas, Mac. La chica es tuya.

* * *

Doce treinta de la madrugada.

Burne dejó el taxi en el South Bronx, en lo más sucio de la ciudad. Ante él se alzaba la casa de ladrillos ya negros, de ventanas que se caían, de tuberías que se estaban pudriendo. Todo el barrio daba sensación de miseria, de olvido, pero, también, de peligro, como si sólo al bajar del taxi ya hubiera de saltar sobre uno la sombra de la muerte.

Bonito sitio para que allí reventara, en secreto, el hombre que no había querido ser una carga para él.

Bonito sitio para los últimos años de Lummis y los primeros años de su hija.

Burne se acercó a la oscura entrada de la casa.

Al ir a entrar en ella, cuando aún se encontraba a unos pocos pasos, pudo ver salir, de espaldas, a Purcell, quien ni siquiera se fijó en él. Purcell desapareció enseguida como lo que era, como una rata. Visto y no visto. Dio la sensación de que se lo acababa de tragar una alcantarilla.

Burne conocía a Purcell.

Sintió ganas de escupir.

Pero subió los peldaños.

Tres pisos.

La puerta abierta.

Los ojos aterrados de Lummis, quieto en su silla de ruedas.

Burne se quedó en la puerta.

No hubo palabras entre los dos. Sólo sus ojos chocaban en la penumbra de la miserable estancia A lo lejos, un semáforo, hacía que las cortinillas se tiñeran regularmente de color ámbar. Ésa era la única señal de vida.

Lummis musitó, al fin:

—Te prepararé café.

—Di que lo haga tu hija, Lummis. Ella lo prepara muy bien.

—¡No tenías que haber venido! He visto el combate por televisión.

—Quería que lo supieras por mí mismo, viejo.

—Si vienes a darme dinero, sabes que no lo admitiré. No quiero que todo lo que has hecho y todo lo que vas a hacer, lo hagas por este chiflado que se está pudriendo, ahora, sobre esta silla de ruedas.

—Este chiflado es como mi padre, Lummis. Por eso vengo a sacarte de aquí. Demasiado tiempo has conseguido hacerme perder tu pista para que no te ayudase.

Y entró.

—Mejor que el café lo haga Marta —bisbiseó.

El otro se volvió de espaldas.

—¿Lo quieres con dos terrones, Burne?

—¿Por qué desvías la conversación? La has desviado dos veces.

Y de pronto:

—¡Infiernos! ¿Dónde está Marta?

Las espaldas del viejo sufrieron una sacudida.

—¡Por Dios, Burne, vete de aquí!

—¿Dónde está Marta?

—¡He dicho que te vayas de aquí!

Burne apretó salvajemente los labios. Fue a la habitación contigua.

La cama intacta. Todo intacto. Marta no había vuelto a casa.

Ahora el viejo ya no podía más. Temblaba convulsivamente.

—Lummis —dijo Burne, con voz metálica—: He visto salir a Purcell.

—No venía de aquí.

—Es inútil que mientas, Lummis. Venía de aquí. ¿Qué quería decirte? Purcell no es más que un cochino mensajero de la banda de Caprani. *¿Qué quería decirte?*

Burne obligó a volverse al viejo.

Y vio entonces sus ojos vacíos, increíblemente vacíos, completamente muertos.

—Burne —balbució Lummis—. Te quiero como a un hijo. Al menos tú, debes vivir. ¡Por Dios, no te metas en esto!

Sin darse cuenta, Burne lo había levantado casi de la silla. Luego lo soltó con un gesto desmayado, sin fuerzas.

—De modo que es eso —murmuró, sordamente—. Alguien se ha hecho con ella.

Y fue hacia la puerta.

—Purcell —balbució.

Momentos después, descendía los gastados escalones como un borracho.

* * *

Doce cuarenta de la madrugada.

Las manos de Mac la aporreaban con todas sus fuerzas. Marta tenía los labios rotos, las mejillas amoratadas, una ceja sangrante,

los ojos desencajados. Pero aquel tipo que le apresaba el pecho con las piernas seguía pegando, pegando, pegando...

—¡Así aprenderás, maldita! ¡Así sabrás cuánto tienes que obedecer! ¡Si quieres plantear problemas, aún irá peor para ti! ¡Toma, perra!

Un último golpe entre los dientes. De pronto ella, con la respiración entrecortada, con los ojos bañados de lágrimas y sangre en la mandíbula, comprendió que estaba al borde de sus fuerzas y que no iba a tener más remedio que ceder.

Mientras se contorsionaba, chilló desesperadamente. Los ojos malignos e impotentes de Perry, miraban la escena desde un rincón.

—¡Bravo, Mac! —le animó—. ¡Así, Mac, así!

Mac dejó que la chica chillara, hasta que tuvo la sensación de que se le rompía la garganta.

—¡Estupendo! —dijo—. La verdad es que me gusta que las chicas protesten un poco.

Y se lanzó hacia adelante. El grito estridente de Marta pareció llenar el universo entero.

Deseó morir.

* * *

Doce cincuenta y cinco de la madrugada.

Los dos tipejos aparecieron, de pronto, con sus navajas.

—¡Tu cartera, cabrito!

Burne los miró apenas unos segundos.

Sí, aquello era todo lo que daba el barrio. Basura.

Y la policía de Nueva York ya la dejaba estar. Ya había renunciado a limpiarla.

—¡Hemos dicho que tu cartera, cerdo!

Las navajas venían en línea recta hacia él.

Burne quizá no lo hubiera hecho, en otro momento.

Pero ahora le atosigaba la prisa. No tuvo compasión.

Un terrible impacto a la sien del primero.

Un rodillazo al bajo vientre del otro.

Un terrible derechazo en los riñones, cuando el primero se

volvía.

Un poco más, y los saca por la boca. Aquel tipo ni volvería a ser un hombre normal nunca más. Lo tendrían que meter una vez por semana en la sala de diálisis para que no reventara.

Dos mazazos a los ojos del otro.

Listos.

Burne se limpió los nudillos manchados de sangre.

Sabía que el coche de los atacantes tenía que estar en la esquina, puesto que, sin duda, lo habían preparado todo para huir después del golpe. Y, en efecto, lo vio. Había un tipo blanco como el papel, al volante.

Intentó arrancar.

Burne lo sujetó con una sola mano. Lo sacó a rastras. Luego le estuvo golpeando la cabeza contra el capó, hasta que la plancha se hundió completamente. El tipejo chillaba como un condenado, pero, como es costumbre en los barrios bajos de Nueva York, nadie se asomó, ni siquiera para saber lo que pasaba.

Cuando lo soltó, aquel tipo necesitaba dos cosas: un hueso frontal de plata y un tratamiento de cirugía estética. El tabique nasal, entre otras cosas, había desaparecido.

Un frío odio dominaba a Burne esta noche.

Arrojó a su víctima contra la boca de una alcantarilla.

Luego subió al coche y se largó.

Veía bien.

Pero, por todos los infiernos... ¿dónde se podía encontrar al gran jefe Caprani? ¿Y dónde vivía Purcell?

* * *

Una de la madrugada.

Mac salió, abrochándose.

—Estupenda —dijo.

Baltimore babeaba.

El iba a ser el segundo.

—¿De veras no la había tocado nadie, Mac? —Nadie.

—¿Pero por qué tantos gritos?

—Cosas de las chicas.

—¿La has pegado?

—Un poco. Las chicas castigadas, me gustan.

Mac seguía babeando.

Pasó.

Sus manos temblaban de ansiedad.

—Deja algo para nosotros —dijo uno de los negros, ominosamente.

* * *

Una y cinco de la madrugada.

Burne se dirigió hacia la puerta del fondo.

El bar resplandecía de luces, pero aquellas luces le producían un dolor insoportable. No podía mirarlas de frente.

Vio que la sombra del tipo que estaba ante la puerta subía y bajaba como si alguien la moviese con un hilo.

Tuvo que cerrar los ojos.

La voz dijo:

—¡Hola, Burne!, bien venido al club. Te he visto por televisión hace poco, ¿sabes? ¡Has estado fenomenal!

Burne susurró, con voz tensa:

—Quiero ver a Caprani.

—Caprani no está.

—Éste es su club.

—Es uno de ellos. Tiene casi dos docenas, en la ciudad. Está muy ocupado y ni siquiera los campeones pueden permitirse el lujo de hacerle la puñeta.

—Entonces quiero ver a Fog, su secretario.

—No está.

Burne apretó los labios.

—No me hagas perder el tiempo, Jack. Esta noche tengo prisa.

—Y yo tengo órdenes. Ésta es una propiedad privada. Nadie pasa más allá de esta puerta. Si quieres una chica, te la proporcionaré. Y bebida. Toda la que puedas tragar. ¡Hala, elige una muñeca de las que están en la barra!

Burne mascullo:

—Ya he elegido, Jack.

Y disparó un gancho.

El otro se levantó del suelo.

Ahora sí que una especie de hilo había tirado de él. Chocó de cara contra la pared. Sus ojos se volvieron blancos.

Burne pasó.

Vio el corredor.

La puerta al fondo.

Private... Private... Private...

¡A la mierda!

Vio a la chica.

Estaba con un tío.

El tío lanzó un grito.

Burne le había destrozado la camisa, al levantarle con un solo puño.

—Purcell —dijo—. Quiero verle.

—Mal... ¡maldito seas!

—Purcell...

—No sé dónde está...

La cabeza del tío fue aplastada contra el cristal que cubría la mesa del despacho. El cristal se partió en tres, mientras se teñía de rojo.

El fulano dijo, por entre sus labios destrozados:

—Billares de Losey.

Burne lo soltó.

—Tranquilo —dijo—. Tú tranquilo, muchacho... La cara no sé si te la cambiarán, pero el cristal seguro que lo cambian.

Y vio que el tipejo rodaba por el suelo.

La chica seguía dispuesta a continuar.

—A mí lo mismo me da uno que otro —suspiró—. ¿Qué? ¿Vienes tú?

Burne le dijo, con desprecio:

—Anímalo... ¡A ver si resucita!

Una y cuarto de la madrugada.

Baltimore emitía leves ronquidos; se estaba volviendo loco.

—¡Así, nena! ¡Ya sabía que tú y yo acabaríamos entendiéndonos!
¡Así!

Estaba seguro de haberla conquistado, a pesar de todo.

Y, de pronto, tuvo una desilusión justo cuando se desinflaba. La chica se había desmayado de asco, al menos cinco minutos antes.

* * *

Una y veinte de la madrugada.

Burne bajó las gastadas escaleras.

Los billares de Losey, lo más siniestro de Nueva York. Lo más oscuro del West End. Lo más podrido de la Lower Bay.

No se cerraban nunca.

Su público hubiera podido pasar directamente desde allí a la galería de los condenados a muerte de Sing Sing sin que se advirtiera la diferencia.

Purcell jugaba, abajo, con dos maricas.

Chaleco desabrochado.

Sombrero sobre la nuca.

Iba por la quinta o sexta carambola cuando Burne lo sujetó por los pantalones, lo aplastó contra el tapete verde, levantó un taco y se lo partió salvajemente en las costillas sin decir una palabra. Purcell se quedó sin respiración, mientras sentía una especie de ácido que le iba corroyendo las entrañas, poco a poco.

Luego quiso mirar.

Notaba sangre en la boca. Se aterró. Se dio cuenta de que otro golpe como aquél le hundiría la columna vertebral y le mataría.

Tuvo un estremecimiento, al ver a Burne.

Éste masculló:

—Salías de casa de Lummis.

—Tú... tú eres su amigo, Burne.

—Por eso estoy aquí.

—No sé nada, Burne.

Éste dejó caer las palabras, una a una.

—Salías de casa de Lummis, macho.

—Le iba a dar un recado.

—¿De quién?

—De vez en cuando, él apuesta en las carreras. Le daba un fijo.

—¡Mierda, nene!

—¿Qué dices?

—Lummis no ha apostado a las carreras jamás.

—¡Burne, déjame! ¡Estoy aquí con mis hombres! ¡Déjame!

¡DEJAME!

Era verdad que estaba con sus hombres y en su ambiente, pero la verdad era que nadie movía un cochino dedo para ayudarle. La mesa estaba rodeada de tíos que contemplaban, en silencio, su suplicio.

Burne tomó una bola de billar.

Hizo volverse a Purcell.

—¿Tienes hambre?

—¡Maldito hijo de...!

¡Clas!

La bola casi le había llegado hasta la garganta, destrozándole la dentadura. Los ojos de Purcell se desencajaron de horror. Sintió la angustia de la muerte.

Burne alzó la mano para golpear la bola desde arriba.

—Te la voy a hundir, Purcell. Reza.

Los ojos desencajados, se mezclaron al estertor agónico.

Burne abrió la boca a su víctima hasta romperle las mandíbulas.

La bola salió. Era blanca, y se había vuelto roja.

—¿Empezamos otra vez, Purcell?

Éste miró, aterrado, en torno suyo. Todo el mundo seguía sin mover un dedo. Mientras hasta el último de sus músculos se hundía, balbució:

—Dime... exactamente lo que quieres...

—Marta —gruñó sencillamente, el otro.

—¿Quieres saber dónde está?

—Ya tardas demasiado en decírmelo.

—No... no lo sé.

Otra bola.

—¡NOOOOO!

Los ojos de Purcell se habían desencajado. Estaba tan convulsionado como si fuera a partirse en dos, como si todos los huesos le fuesen a salir por la boca.

—No te puedo decir dónde está... —gimió—. Pero es verdad que fui a decirle al viejo que no la vería más, si hablaba.

—¿Si hablaba de qué?

—El viejo es testigo de cargo, contra Caprani. Puede hundirle, con sólo dos palabras. Caprani siempre se ha salido por las orillas de la ley, pero esta vez el viejo dice que le vio matar a Sullivan. No sé si tú lees los periódicos, Burne, porque tú eres marica perdido, pero si los lees, sabrás que Sullivan era un hijo de la gran zorra que estaba en la Policía Metropolitana, en la Brigada Antidroga. Apareció, una mañana, colgado desde el mismísimo puente de Brooklyn. Alguien lo había lanzado desde un coche, con la cuerda atada al cuello, y el viejo dice que fue Caprani quien lo hizo.

Estaba al borde del ataque de histeria. Su cuerpo se estremecía espasmódicamente. Con voz rota, añadió:

—Te juro que lo que digo es verdad...

—¿Y por qué Caprani no ha hecho matar al viejo? Cuando he entrado en su casa, he visto que estaba sin protección.

—Porque se vería demasiado claro. Porque si algo le ocurriera al viejo, sería como si Caprani se señalara con el dedo a sí mismo.

—Y le han dado la vuelta al asunto, ¿verdad? Han ido a por la hija.

—Sí, eso es, Burne. Seguro... Tú lo has dicho.

Burne le acabó de partir la boca de un revés, mientras lo soltaba.

—Iré a por Caprani —dijo, roncamente—. Pide a todos los antepasados de ese tío que se pongan a cantar salmos por él.

Se dirigía a las sucias escaleras llenas de colillas y de vomitaduras, cuando Purcell dijo, con voz ahogada:

—Oye, no te he acabado de informar bien. Tu madre era una sucia ramera que se acostaba con un negro por medio dólar, pero no quiero que digas que te he dado una información falsa, Burne.

El campeón se volvió. Sabía que, a su manera, Purcell era honrado en eso de informar. Purcell dijo, con voz temblorosa:

—Caprani no sabe nada. Sólo dijo que retuvieran a la chica en un lugar seguro, pero él no encargó de ese asunto a sus propios hombres porque no quería ensuciarse las manos directamente. Lo

encargó a un grupo de aficionados.

Los labios de Burne temblaron.

Ahora la pista se hacía lejana y difusa, otra vez.

—Dime el nombre del que manda ese grupo de aficionados, Purcell —susurró.

—No lo sé, exactamente. Te juro que no lo sé, pero Caprani hizo el encargo en un bar de Bay Ridge. El Circus, creo que se llama. Está tan lleno de gentuza que esto es el Tribunal de los Justos en comparación con aquello.

Y señaló los billares llenos de roña, de tipos patibularios y de bocas torcidas. Luego añadió:

—Ten cuidado, Burne. Allí se coge una sífilis con sólo pedir que te den lumbre.

Burne chascó dos dedos y éstos produjeron un crujido siniestro.

—De acuerdo, Purcell —dijo—. Buen chico.

Y salió.

Tenía un buen coche para ir hasta Bay Ridge, en lo más podrido de la zona del río Harlem.

Cuando iba a sentarse ante el volante, tuvo que cerrar los ojos porque, de pronto, lo veía todo negro otra vez.

Pero lanzó un salivazo, gruñó una maldición y se rehízo. Nadie sabe cuántas cosas cura una palabrota a tiempo.

CAPÍTULO IV

Una treinta de la madrugada.

Los ojos desencajados de la muchacha, que había recobrado el sentido después del suplicio, vieron acercarse la figura del hombre.

El tercero estaba allí.

Éste era un negro.

Sobre su piel color azabache no llevaba más que unos calzoncillos blancos que destacaban poderosamente, pero eso también voló. Con expresión ansiosa, fue hacia Marta y le quiso forzar las piernas. Pero tuvo una sorpresa.

Destrozada, como estaba, la chica aún tenía vigor.

Le clavó con todas las fuerzas de su alma un tacón en la parte baja del vientre.

El aullido debió oírse en todo el almacén.

El negro rodó por tierra.

Mientras se sujetaba la parte dolorida y le temblaban hasta los dedos de los pies, sacó, poco a poco, la correa de sus pantalones. Era una correa ancha, larga como un látigo.

—¡Condenada zorra! —barbotó.

Y golpeó con todas sus fuerzas. La piel de Marta saltó, al recibir el terrible trallazo.

Gimió.

Intentó volverse de espaldas porque así podía hacerse un ovillo; podía, en cierto modo, cubrirse mejor.

El nuevo zurriagazo la hizo temblar hasta las uñas de los dedos.

En aquella posición no pudo ver a su verdugo, que se había excitado con el espectáculo. El negro ya se lanzaba sobre ella.

El gemido lacerante de la muchacha rasgó las tinieblas.

Una cincuenta de la madrugada.

Burne se apeó del coche.

Estaba en Bay Ridge.

Casas bajas y roñosas, borrachos dormidos por las esquinas, maricas entrando y saliendo, lesbianas viejas apretándose en los portales. El centro, el corazón de todo aquel ambiente, era el Circus, un bar donde la policía no entraba; donde regían unas leyes no escritas y de donde la Metropolitana sacaba cada día montañas de información. ¿Por qué, si no, hubiese tolerado la existencia de aquel antro?

Burne entró en él.

Allí no le conocían. Allí nadie entendía de boxeo, nada. En los billares se habían estado quietos porque nadie se atrevía a alzar la mano contra el campeón, pero en el Circus iba a ser distinto. Por lo pronto, dos maricas tropezaron con él.

—¡Ay, pero qué asco das! ¡Hueles a hombre, guarro! ¡Macho, más que macho!...

El marica que hablaba, llevaba un diente de oro.

De pronto dejó de llevarlo.

Quedó sentado en el mostrador escupiendo sangre.

Su compañero gimió, tomando por el brazo a Burne:

—¡Ya tenía ganas de cambiar! ¡Ay, ven conmigo, pedazo de hombrón, pedazo de gran bestia! ¡Mátame! ¡Mátame!...

Burne por poco le hace caso, y lo mata.

El marica aterrizó en los urinarios que estaban al otro lado de la sala. Aunque, después de todo, aquél no era un mal sitio para un tipejo de su clase.

Pero los maricas nunca están solos. Suelen tener quien los proteja. Suelen vivir con matones que son, a la vez, de un gremio y del otro, aprovechando todo lo que les sale.

Uno de ellos vino hacia Burne.

Llevaba en la derecha el cuello de una botella rota.

Se lanzó a fondo.

Buscaba destrozar el cuello del campeón, pero éste no le dio

tiempo.

Con una banqueta detuvo el golpe. Luego la destrozó contra la cabeza de su enemigo. Como éste aún: vacilaba, con la cara cubierta de sangre, le dio con los restos de la banqueta un golpe en el bajo vientre. El fulano se empotró de cabeza contra la barra y quedó con la boca tiesa.

Se hizo, entonces, un terrible silencio.

Un silencio denso y pegajoso, cargado de presagios.

El dueño vino hacia Burne.

El dueño llevaba los ojos pintados.

Pero con voz perfectamente masculina, dijo:

—¿A qué viene todo esto, matón?

Burne masculló:

—Quiero hablar contigo. En privado.

—No podemos ir a mi despacho. Mi mujer lo ocupa. Mi mujer está con una, ¡maldito sea el día en que nacieron las dos! A mi mujer, los tíos no le gustan.

—¿Y tú eres un tío?

—Vuélvete de espaldas y lo sabrás.

Burne no se volvió. Se limitó a levantar a aquel tipo, con un solo brazo.

—Hablares aunque sea en el retrete —dijo—, pero hablares.

—De acuerdo; ven a mi dormitorio.

El dormitorio estaba lleno de retratos de tíos en pelotas. El dueño se tendió en la cama y dijo, con las manos cruzadas bajo la nuca:

—No tengo secretos para ti, vida.

Ahora, de pronto, la voz ya no era tan masculina como antes.

Burne masculló:

—Caprani hizo un encargo en tu bar.

—Jamás vi a Caprani por aquí. Te la han dado con queso, macho. Te han engañado, te han hecho el timo del dos.

Burne hizo crujir sus nudillos suavemente, muy suavemente.

El otro empezó a darse cuenta de que podía perder la fachada.

—Te mataré si no hablas —dijo, quedamente, Burne—. Juro por mi madre que he venido aquí a matar.

—Hombre, tal vez... a Caprani lo viese. Pero fue un momento.

—Sé que encargó un trabajo aquí. ¿A quién?

—Habló con un tal Mac. Se instalaron en un reservado, pero yo les serví las bebidas. Por mis pechos a que era Mac.

Burne apretó los labios. La pista que había perdido empezaba a hacerse clara y nítida otra vez.

—¿Dónde puedo encontrar a Mac? —preguntó.

—No lo sé.

—¿Qué ambientes frecuenta?

—Te daré su domicilio. Vive con una negrita en el 311 de la calle Ciento Diez, oeste.

—¿El es negro?

—No, pero le gustan todas.

Burne chascó los dedos otra vez.

—¡Gracias, macho! —dijo.

—Oye, sin insultar.

—De todos modos, gracias. Espero que conserves los pechos.

Fue hacia la puerta. El marica que a ratos no lo era, dijo:

—Oye, tú, como te llames... Pisotéale los testículos a Mac.

—¿Por qué?

—Me pagó con moneda falsa. Además, la negrita era una de mis chicas. Se la levó a la fuerza.

Burne le dirigió una sonrisa siniestra.

—Oirás los gritos desde aquí, cuando se los pise —dijo—. ¡Por éstas!

Y salió.

Dejó atrás las aguas turbias del Harlem. La nueva dirección no estaba lejos. Al menos en eso tenía suerte.

Llegó a la calle Ciento Diez, oeste.

Buen sitio aquél. Se comprendía que los que vivían en el agujero procuraran no estar ni cinco minutos en casa.

Un fulano dormía, cruzado en el portal.

Burne lo zarandeó.

—Mac —dijo, cuando el otro hubo despertado.

—Me cisco en su padre.

—¿En el de Mac?

—Y en el tuyo.

—Perfecto. Pero dime dónde vive ese tipo, para que así podamos ciscarnos, tranquilamente, los dos.

—Piso segundo, izquierda. Pero oye...

—¿Qué?

—Si le sacas las tripas, me llamas. Quiero verlo.

—¿A qué se dedica? —preguntó Burne.

—¿No lo sabes?

—No del todo.

—Encargos, y cosas así. Lo que le mandan. Tú págale para que entierre viva a su madre y él enterrará viva a su madre. Ése es Mac.

—Un retrato perfecto —dijo Burne—. Un día de éstos le van a dar, en Washington, la medalla del Congreso.

Y subió.

Segundo piso.

La puerta no ofreció resistencia, por la sencilla razón de que estaba entornada. Quienquiera que fuese el que vivía allí, se la había descuidado de ese modo, porque tenía cosas más importantes que hacer.

Y, en efecto, las tenía.

Desde la puerta del dormitorio, Burne vio a la negrita.

Se movía como una diosa.

Era como para dejarle a uno con la boca abierta.

Naturalmente, el tío que estaba con ella no aguantó nada.

Terminó de hacer el amor en un momento.

Quedó hecho un guiñapo, a los pies de la cama mientras miraba a Burne.

—Oye, tú no serás el marido, ¿verdad? —preguntó, con voz de tío desinflado.

Burne susurró:

—Pregúntaselo a ella.

La negrita miraba al recién llegado, desde el borde de la cama.

—Si yo tuviera un marido como ése, no lo engañaría con un cerdo como tú —fue todo lo que dijo.

Burne chascó dos dedos.

—Dime dónde está el otro cerdo, nena —susurró—. No ese que acaba de derretirse, sino el otro, el marido hasta que la muerte os separe, lo que ocurrirá más o menos dentro de cinco minutos.

La elástica chica ni siquiera pestañeó.

—¿La muerte va a separarnos? —musitó—. ¿A quién piensas cargarte? ¿A él o a mí?

—A él.

—Pues entonces cuenta con mi gratitud eterna. Pídeme lo que quieras, macho. Servicio especial. Lo que a ti se te antoje. Dispón de esta servidora, que para eso está, pero cárgatelo. Y que yo lo vea.

—Sois un matrimonio feliz, ¿eh?

—Le odio con toda mi alma. Bueno, con la poca alma que me queda. El se ha ido comiendo, a tajadas, el resto.

Burne entornó los párpados.

—Hubieras podido ser una buena chica —musitó.

—Lo era. Te juro que, a mi modo, lo era hasta que di con él.

—¿Sabes si le encargaron un trabajo?

—Debieron encargárselo, porque empezó a telefonar ayer diciendo que todo estaba a punto.

—¿A quién telefoneaba?

—A Baltimore y a Bayard. Son los dos únicos que conozco.

Burne sintió que se le secaba la boca.

—¿O sea que era un golpe... entre varios? —musitó.

—Sí. Y supongo que se trataba de una chica, porque Baltimore y Bayard son los viciosos más depravados que he conocido. Aparte de mi respetable marido, claro. Aparte de él.

Los puños del campeón crujieron.

No se dio cuenta de que apretaba con tanta fuerza una de las sillas del dormitorio, que acababa de desballestarla.

—¿Hablaron de un sitio para reunirse? —murmuró con voz insegura.

—Sí.

—¿Cuál?

—Por favor, deja que recuerde. —Hubo un momento de angustiosa pausa—. ¡Ah, sí!... Un almacén. El almacén que guarda un tal Perry.

—Eso no es decirme nada. ¿Quién es Perry?

—No tengo idea. Sólo sé que es impotente. Le hirieron en lo más céntrico de su anatomía, cuando estaba en Vietnam. Desde entonces, les tengo una simpatía a los vietnamitas que no veas.

—¿Pero tú conoces a Perry, directamente? ¿Sabes dónde se le puede encontrar?

—Trabaja para un tal Morrison. Sí, eso debe ser.

—¿Por qué?

—Porque, según Mac, el tal Perry siempre se estaba ciscando en la madre del tal Morrison. ¿No te parece perfectamente lógico pensar que trabaja para él?

Burne hizo un gesto de admiración.

—Eres una chica lista —dijo—. No sólo tienes buenas piernas, sino buen cerebro. A ver, la guía de teléfonos. Si Morrison es un cochino burgués, debe tener número de abonado. ¿Sabes el nombre?

—Leo. Pero a estas horas...

Burne susurró:

—A estas horas que reviente.

Y buscó, en la guía, el nombre de Leo Morrison. Había dos. Uno de los teléfonos no contestaba. En el otro respondió, al cabo de unos instantes, una amable voz de mujer.

—¡Leo, eres un hijo de la gran puta! —dijo—. ¡Eres una perfecta chingada, una mierda, una vomitona!

Burne musitó:

—No soy Leo.

—Bueno, es igual. También usted es un hijo de la gran puta, una chingada, una mierda y una vomitona.

—¿Por qué?

—Por ser amigo de Leo.

—No soy su amigo —musitó el campeón.

—¿Pues entonces quién es?

—Un tipo que le busca.

—¿Va a matarlo? —preguntó la voz femenina, como si, de pronto, la ilusión renaciera en ella.

—¿Es usted su mujer?

—¡Pues claro! ¿Por qué piensa, si no, que quiero que lo maten?

—Los matrimonios son una delicia en este país —musitó el campeón—. Parece que su marido no está en casa y usted no tiene idea de dónde para, ¿verdad?

—Dígamelo usted, marrano.

—Lo siento, pero no puedo decírselo. Soy sólo el agente de seguros de su almacén. Siento molestarle a estas horas, pero mañana vence el último plazo para renovar su póliza y, si a las nueve de la mañana no está en la oficina con un cheque, tendremos que anularlo y perderá lo que ha pagado hasta ahora.

—¿Qué almacén? ¿El de Riverside o el de la Lower Bay?

El de Riverside estaba en un sitio demasiado elegante para que llevaran, allí, a una chica raptada. El cerebro de Burne funcionaba rápido como una computadora.

—El de Lower Bay —dijo.

—Pues si pierde el dinero, que se pudra. Ojalá pierda, también, los testículos, si es que le quedan. Oiga... ¿A los que no pagan se los extirpan?

—La mitad de los hombres de Estados Unidos estarían sin ellos —dijo Burne—, pero puede que sea una buena idea. Oiga, deme la dirección exacta de ese almacén para ver si a última hora evito el desastre. Quiero saber si concuerda con mi ficha.

—Cewis Road, junto a la avenida Siete, a la altura del número 85. Usted debe haber estado allí.

—Hace tiempo —dijo Burne, sintiendo que sus nervios vibraban—, pero lo recuerdo.

—El Ayuntamiento lo acaba de clausurar, porque había que hacer no sé qué obras obligatorias. ¡Pero oiga bien esto: si encuentra a mi marido a más de siete pisos de altura... no pierda la ocasión! ¡El tío pesa poco!

Y colgó.

Burne no olvidaría aquella dirección, nunca.

Cewis Road.

¡Por fin!

Echó la cabeza hacia atrás y, de pronto, su cuello se contrajo.

La negrita dijo, desde la cama:

—¿Qué te pasa?

Burne siguió con el cuello contraído. La negrita tenía que estar allí, pero él no la veía. No veía nada. Nada... ¡NADA!

Oyó su voz:

—Oye, si se trata de que necesitas una chica que te haga funcionar, yo estoy dispuesta...

Burne cerró los ojos.

Al abrirlos de nuevo, empezó a ver bien otra vez. Las cosas no parecían estar a la misma distancia, pero, al menos, las distinguía. Vio que la negrita tendía los brazos hacia él.

—¿Qué? ¿Probamos? —preguntó ella.

—¿Y ése? —Burne señaló al otro.

—¡Que se muera!

Lo peor para Burne era que el tío parecía haberse muerto. Dormía a los pies de la cama como un tronco, de tan deshecho que estaba.

—Perfecto —dijo él—, pero no me gusta encontrarme con el sudor de otro. ¿Por qué no te das una ducha?

—Claro que sí, amor. Espérame y ponte cómodo. Espera que desde la ducha te voy a explicar las cosas que vas a hacer con tu negraza.

Y se largó.

La chica empezó a explicar.

¡Y qué cosas!

Hasta consiguió que se despertara, entusiasmado, el tío de antes.

Pero el campeón no las oyó. El campeón ya estaba rodando hacia la avenida Siete.

CAPÍTULO V

Una cuarenta y cinco de la madrugada.

El que acababa de entrar era un vicioso, un idiota, o las dos cosas a la vez. Después del terrible dolor que la muchacha sentía en todos sus músculos, en todo su cuerpo, en toda su anatomía, el fulano que acababa de entrar, aún pretendía que Marta se deshiciese por él. Mientras la aplastaba con su peso, gruñía:

—¿Eh que soy guapo? ¿Eh que gano a los otros? ¿Eh que nunca habías estado con un tío tan macho como yo? Si debieras darme las gracias, tonta... Verás lo bien que lo vamos a pasar... Anda, dame un beso. ¡Bésame, maldita, bésame guarra, bésame...!

El tío se iba entusiasmando y las palabrotas crecían de volumen. Marta no pudo contenerse más y le escupió, de lleno, a la cara.

Nunca debió haberlo hecho.

Aquel cerdo era peor que los demás; era más cruel, más sucio y, encima, más engreído. Empezó a golpearla con todas sus fuerzas mientras, por otro lado, practicaba eso que él llamaba hacer el amor.

Marta lanzó una serie de gemidos angustiosos, mientras otra vez tenía suerte dentro del pozo, sin fondo, de su desesperación. Porque otra vez perdió el conocimiento.

* * *

Dos de la madrugada.

Burne estacionó el coche en la avenida Siete y miró ante él las sombras de la noche. Como tantos otros lugares de Nueva York, aquél estaba mal iluminado y los cubos de basura llenaban las esquinas. Unos cuantos coches estacionados contribuían a llenar aquello de confusión y de rincones oscuros.

Pero Burne sólo se fijó en la entrada de Cewis Road mientras se trazaba un plan de acción. Teóricamente, Cewis Road no era ni siquiera una calle: se trataba de un callejón. Pero tenía bastante amplitud y había en él unos cuantos edificios de cierta presencia. En uno de ellos se leía: LEO MORRISON. CARGA Y DESCARGA DE MERCANCIAS.

Burne apretó salvajemente los puños.

Bueno, era allí.

Poco a poco, avanzó entre las sombras.

No tenía armas, pero tampoco las necesitaba. Confiaba ciegamente en la fuerza demoledora de sus puños.

Vio que el almacén constaba de dos pisos. Uno, el inferior, debía estar dedicado a muelle de carga y descarga de camiones. Al otro se accedía por una rampa que, sin duda, permitía llegar hasta el primer piso a los vehículos ligeros.

Todo aparecía perfectamente cerrado, y sin una luz.

Tanta soledad hizo nacer en Burne un sentimiento de duda, como si pensara que se estaba equivocando. Pero, al cabo de unos segundos de vacilación, siguió adelante.

Lo primero que tenía que revisar, era la planta baja.

No quiso forzar las grandes puertas metálicas que cerraban el muelle de carga y descarga, pero, en cambio, vio otras puertas que decía: *Entrada de Personal*.

Se acercó a ella y comprobó la cerradura.

Era buena y no iba a resultar fácil forzarla, pero él trabajó ansiosamente durante varios minutos. Cada vez que uno de éstos transcurría, pensaba con angustia en lo que podía estar pasando con Marta, a pocos pasos de allí. Eso hacía que se multiplicaran su rabia, sus jadeos y sus esfuerzos.

Al fin pudo aflojar algo la cerradura, y su fuerza hercúlea hizo lo demás. Terminó de forzar la puerta por las buenas, usando una barra de hierro como palanqueta.

Y con esa barra de hierro entró en el enorme almacén.

Silencio.

Penumbra.

No parecía que allí hubiese entrado nadie, en muchos días.

Burne buscó alguna escalera que le llevara al piso superior, y en ese momento el teléfono empezó a sonar. Las anchas espaldas del campeón sufrieron una sacudida, al tener la sensación de que el teléfono sonaba dentro de su cráneo.

Pasaron unos instantes.

Nadie respondía.

Y Burne estuvo tentado de descolgar él, porque quizá desde el otro lado del hilo iban a darle, impensadamente, una pista que le conduciría a lugar seguro.

Pero en aquel momento oyó una maldición, arriba. Vio entonces unas escaleras de hierro en las que no había reparado antes.

Alguien bajaba.

Era un negro.

—¡Llamarnos a esta hora! ¿Quién puñeta puede ser? Lo mejor sería no contestar.

—Pero puede ser algo importante —decía alguien, desde arriba —. Tomas el recado y vuelves a subir.

—¡Claro que vuelvo a subir! ¡Mi turno es el próximo!

—¡No tengas miedo, que la chica no se habrá escapado!

—Pero puede haber muerto...

—No seas idiota. Esas zorras están acostumbradas, aunque no lo quieran decir. Lo aguantan todo.

Burne sintió que la sangre subía a su cara.

Masticó el odio.

Masticó la muerte.

Tuvo al negro apenas a dos pasos de sus enormes dedos, pero logró contenerse. Primero tenía que saber quién llamaba. Si se cargaba al negro antes de que contestara, el sonido estridente del timbre haría que bajasen también los otros.

Le vio descolgar.

—¿Quién?

—...

—¿Caprani? ¿Pero es usted mismo?

—...

—Sí, claro que estoy sorprendido. No tenía idea de que

conociera este número.

—...

—¿Mac le dijo algo de Perry y usted conoce a Perry? ¿Por eso ha imaginado que estábamos aquí? Bueno, pues acertó. Premio.

—...

—Sí, señor Caprani, ya sé que soy un hijo de la gran puta.

—...

—Y mi madre también, señor Caprani. Perdone.

—...

—Hombre, no, marica no lo soy.

—...

—Bueno, si usted lo dice... Perdone por lo de premio y todo eso. A veces no sé con quién estoy hablando.

—...

—Sí. Tenemos a la chica.

—...

—¿Dice que se ha enterado de que alguien va buscándola y que ha pateado ya los menudillos a medio Nueva York? ¿Quién, señor Caprani?

—...

—¿No lo sabe aún? Bueno, pues en ese caso menos lo sabremos nosotros, pero no se preocupe porque estamos atentos. Todos vamos armados.

—...

—¿Dice que no quiere que toquemos a la chica?

—...

—¡Oiga, de eso no nos dijo nadie nada! ¡Mac tenía carta blanca! ¡Podíamos hacer con ella lo que quisiéramos! ¡Era nuestro premio!

—...

—Sí, señor Caprani, lo entiendo bien. Va a hacer salsa napolitana con los sesos del que le haya tocado un pelo de la ropa.

—...

—No quiere mezclar una cosa con otra, ¿eh?

—...

—Oiga, usted todavía es un fulano del viejo estilo; un pájaro pasado de moda. Los de la Mafia sólo van al negocio y no causan más daño que el imprescindible, ya lo sé, pero con una mujer como ésa, es distinto.

—...

—Lo de hijo de mi madre ya me lo ha dicho antes. Perdona otra vez, señor Caprani.

—...

—De todos modos no se preocupe, porque aún no la hemos tocado. Ni lo haremos.

—...

—A sus órdenes, señor Caprani.

Y el tío colgó.

Acercándose a la escalera, gritó mirando arriba:

—¡Oíd! ¡Era Caprani! ¡No quería que tocáramos a la chica!

—¿Y lo dice ahora, el hijo de perra?

—¡Sólo la quería emplear para coaccionar al viejo, pero ni hablar de que nadie se diese un lote con ella!

—¡Ese Caprani es un anticuado y un imbécil! ¡Nadie desaprovecha un bocado así!

—¡Bueno, de todos modos ya le he dicho que no había pasado nada! Más tarde ya le contaremos un cuento chino, algo... ¡Yo qué sé!

—Has hecho bien, Rován. Ese sucio de Caprani se cree que pertenece a la *alta sociedad* del crimen... Para él todos los demás somos chusma.

—Oíd... ¿Quién está, ahora, con la chica?

—Grover. Y por los gritos que se oyen... ¡menudo lote se está dando!

—¿Tardará, aún?

—¡Y yo qué sé!

—Es que no quiero que me pase el turno. ¿Perry ha dicho que había un armario con botellas por aquí abajo?

—Sí, en la garita del guardián, cerca de la puerta.

—¡Pues voy a subir un par!

Y Rován, el negro, se despegó de la pared del teléfono.

Burne pensó: «Pobre hijo de la gran perra».

El odio que sentía, estaba más allá de la vida y de la muerte.

No veía a un hombre; veía a un insecto.

Y lo trató como un insecto.

Rován iba hacia la garita.

Burne le sujetó la boca, por detrás.

Y con la barra de hierro le golpeó brutalmente entre las piernas.

El estremecimiento convulso de aquel hombre se transmitió a todo su cuerpo. No pudo gritar porque la mano de hierro de Burne se lo impedía, pero el grito interior que debió lanzar le removi6 hasta las entrañas.

Burne lo dejó caer al suelo, al darse cuenta de que su víctima había perdido el conocimiento.

¡Lo tenía de espaldas!

Cuando empezó a removerse, le golpeó con la barra de hierro, otra vez.

Se oyó un terrible chasquido.

El cuerpo que estaba en el suelo se inmovilizó. No pudo girar ni la cabeza. El grito se hundió otra vez en las profundidades de su garganta.

Burne no se dio prisa.

El negro perdió el sentido otra vez.

Burne le descargó, entonces, la barra de hierro en la nuca. Fue como si le decapitara con una espada.

Miró el guiñapo tendido a sus pies.

Y se sintió aliviado, pero sabía que éste sólo era el primer muerto. Pensaba organizar una fiesta salvaje para darles la bienvenida a todos los demás.

CAPÍTULO VI

Dos quince de la madrugada.

—¡Aaaaaaaah!

El grito de la chica se perdió en el vacío. Llenó la habitación donde los demás seguían jugando a las cartas.

—¡Menudo lo está pasando ése! —dijo Mac.

—¿Y cómo lo has pasado tú?

—Yo, lo mejor.

—¿Vas a volver?

—Lo dudas, idiota?

—Pero esperarás tu turno, ¿eh? Los demás también tenemos derecho.

—Por descontado que esperaré; cuando el último termine, vuelta a empezar.

—¿Va a resistirlo ella?

—¿Es que te preocupa?

—¿A mí?...

Risitas.

—Bueno, ¿por qué no vuelve Rován?

—No debe encontrar las botellas.

—Pues no lo entiendo. Lleva abajo diez minutos.

—Bueno, también hay que tener en cuenta que el tío es idiota.

—Un negro...

—¿Qué tienes tú contra los negros?

—Dejemos eso... El caso es que no vuelve. Escuchadme...

—¿Qué?

—¿No notáis ruido?

—Pues... pues ahora que lo dices, sí.

—¡Y viene de abajo!

—¿Qué le habrá pasado a ese idiota?

—¡Por si acaso, vamos allá!

—¿Y la chica?

—¡No hace falta vigilarla, ahora! ¡Spencer está con ella!

Descendieron todos por las escaleras metálicas.

Perry, que estaba dentro del dormitorio presenciando el miserable espectáculo, notó que algo raro pasaba en la habitación de al lado. Salió.

Sus ojos brillaban de entusiasmo por lo que acababa de ver.

Pero también brillaron de sorpresa al encontrar la habitación vacía.

—¡Eh! ¿Qué pasa? —preguntó.

Y una voz ominosa susurró, entonces, a su espalda:

—Yo te lo diré, macaco...

* * *

Dos dieciocho de la madrugada.

Perry, se volvió, aterrado.

No conocía aquella voz. De pronto notó que unas manos ásperas y enormes se posaban, una en su boca y otra en su cuello.

La de la boca era para que no gritara.

La del cuello para hundirle una vértebra.

¡TLAC!

El chasquido fue siniestro.

Sólo la fuerza inhumana de Burne podía conseguir aquello, lo que hubiera conseguido un verdugo con la argolla del garrote vil.

La cabeza de Perry cayó a un lado.

Sus ojos estaban desencajados.

Pero aún no había muerto. Su cerebro aún recibía sangre y aún funcionaba, a pesar del dolor insoportable de la vértebra rota. Notó, entonces, que unas manos enormes sujetaban una de las cuerdas que había en el almacén.

Le ató, con ella, los pies.

Lo arrastró.

Las manos abrieron una ventana.

Perry fue lanzado por ella como un saco.

* * *

Dos veintitrés de la madrugada.

Spencer lanzó una risita de conejo, mientras se separaba.

—¿Ves cómo te ha gustado, muñeca? ¿Lo ves? ¿No te das cuenta de que, en el fondo, te gusta que te peguen?

Una saliva sanguinolenta brotaba de entre los labios de Marta. De su garganta partía un estertor. Sus ojos estaban blancos.

Por suerte para ella, no se daba cuenta de nada.

Spencer masculló:

—¡Anda, dilo! ¡Di que has disfrutado, puerca! ¡Dilo!...

La voz murmuró, entonces:

—Dígalo usted, señor.

—¿Qué?

Spencer no veía a nadie. No sabía lo que le pasaba. —Usted también va a disfrutar, señor— continuó la voz.

Y Spencer fue apoyado contra la pared.

Casi delicadamente.

Con suavidad.

Sus ojos desencajados vieron la mole delante suyo. Los puños.

La cara deformada por el odio.

Burne musitó:

—¿Dónde le gusta más, señor?

Y disparó su puño derecho.

La nariz destrozada.

Izquierdo.

Un pómulos despellejado.

Derecho.

Una ceja al aire.

Izquierdo.

Todos los dientes hundidos.

Derecho.

Un ojo desplazado de la órbita.

Aquello era una ametralladora.

¡Izquierdo!

¡Derecho!

¡Izquierdo!

¡Derecho!

Los golpes eran tan seguidos, tan fuertes, que su propia violencia impedía caer a aquella especie de microbio que era Spencer. La cara de éste iba desapareciendo como si la destrozaran a golpes de barreno. Pronto no fue más que una masa amorfa.

Burne vio sus ojos terriblemente blancos.

Su falta de reacción a los golpes.

El cerebro de aquel hombre había sido aplastado. Estaba muerto.

Burne lo dejó caer, entonces, con una mueca de asco.

En sus ojos no había el menor sentimiento.

Quizá empezaba a haber un poco de paz.

Luego se volvió hacia la chica.

* * *

Dos veintiocho de tu madrugada.

Abajo estaban los demás. Las alhajas más valiosas. El resto de la cuadrilla.

Mac.

Grover.

Baltimore.

Bayard.

Los seis se habían convertido en cuatro, y esos cuatro miraban alucinados el cadáver que tenían a sus pies.

Mac balbució:

—¡Es imposible!

—¡Casi le han separado la cabeza del tronco!

—¡Pero tenía que haber gritado!

—No podía. Mirad el pañuelo que hay en su boca.

—Pero entonces...

—Sí. Alguien ha entrado aquí. Alguien que ha traído al almacén todos los clavos que necesitamos para nuestros ataúdes.

—¿Caprani?

—No, él no ha tenido tiempo.

—¿Pues entonces quién?...

—No lo sabemos. Eso es lo peor.

Y de pronto:

—¿Oís?

—¿Qué?

—¡Arriba!

—¡Golpes!

—¡Y gemidos!

—¡No es la chica, no!

—¡Alguien está destrozando a Spencer!

—El mismo que...

—Sí. Tiene que ser el mismo...

Y todos se miraron horrorizados, atónitos, sintiendo que las gotas de sudor resbalaban hasta sus bocas.

—He... hemos de huir de aquí.

—Si soltamos a la chica, Caprani no nos lo perdonará jamás —balbució Mac—, y Caprani es implacable. Le he visto hacer cosas que ponen la piel de gallina.

—Pues entonces hay que matarla.

—¿Y huir?

—¡Claro que sí!

Se miraron a los ojos. Estaban ansiosos. Respiraban entrecortadamente.

Mac balbució:

—Bueno, pe... ¿pero quién sube a matarla?

Todos le miraron.

Sintió un frío visceral.

—¿Yo?... —balbució.

—Eres el jefe, Mac.

—Debemos echarlo a suertes...

—¡No hay tiempo para echarlo a suertes! —barbotó Bayard—. ¡Maldito seas, no hay tiempo! ¡Tienes que subir tú! ¿Qué eres? ¿Eres el jefe o eres una mierda?

Mac rozó su funda axilar, donde llevaba una «Luger». Eso le tranquilizó. Fuera quien fuera el que estuviese arriba, no parecía llevar armas de fuego. Y en ese caso quedaría muy convencido ante un cargador repleto de balas.

—¿Vosotros qué vais a hacer? —balbució.

—Prepararemos el coche para huir.

—Y me dejaréis aquí, ¿no, malditos hijos de la gran perra?

—Te esperaremos, Mac, pero lo que no podemos hacer es subir todos a la vez. Quizá ese tipo tiene una metralleta y nos espera. ¡Quién sabe! Alguien tiene que explorar el terreno, y ese alguien eres tú.

Mac hizo un gesto de asentimiento mientras, en realidad, empezaban a temblarle las rodillas. No tenía más remedio que subir.

Empezó a trepar por los peldaños de metal.

No oía más que el *tlonc, tlonc* de sus propios pasos.

Arriba imperaba un silencio espantoso.

Ni un susurro.

Ni el compás de una respiración.

Cuando Mac llegó arriba, no vio a nadie en la habitación donde antes jugaron a las cartas. La puerta del dormitorio permanecía abierta. La chica ya no gemía, como si, de pronto, hubiera desaparecido.

Mac atravesó el umbral. Miró la cama.

En efecto, la chica había desaparecido. Sobre las ropas estaban las huellas de la sangre que ellos mismos habían derramado, pero nada más. Parecía como si a Marta se la hubiese tragado el aire.

Pero hubo algo que los ojos de Mac captaron enseguida; algo que le produjo un visceral estremecimiento de horror.

Era el cuerpo de Spencer.

Sus facciones rotas.

Su aspecto de pingajo.

Su sangre derramada por las heridas que le habían causado la muerte.

El pensamiento de Mac le heló los nervios. ¡A Spencer lo habían matado a golpes! ¡Lo habían destrozado como quizá lo destrozarían a él!

¿Qué clase de monstruo era el que actuaba, allí? ¿Ante qué máquina de matar se estaban enfrentando?

Se volvió velozmente.

Le pareció haber oído tras él una respiración ansiosa; la respiración de una fiera que se dispone a saltar.

Se volvió mientras disparaba rabiosamente con la «Luger», sabiendo que el ruido de los disparos no brotaría más allá del almacén. Pero disparó al vacío, porque detrás de él no había nadie.

¿O sí?

De pronto, la mano enorme pareció brotar del vacío. Mac sintió un golpe terrible en la muñeca y tuvo la sensación de que se la habían roto, pero la desesperación hizo que no soltara la pistola. Mac no sólo era un tipo duro, sino que se había convertido en una especie de bestia acorralada que luchaba por sobrevivir. Eso había centuplicado sus fuerzas.

Pero las fuerzas se hundieron de golpe cuando recibió el primer impacto. Fue algo terrible, demoledor, absoluto. Fue como si todos los huesos de la cabeza se le hundieran a la vez. Giró sobre sí mismo y se estrelló contra la pared para quedar sentado como un guiñapo mientras la pistola resbalaba de entre sus dedos. Pero tuvo la suerte de que ésta cayera sobre sus rodillas, quedando todavía a su alcance.

Y entonces lo vio.

Alto como una torre.

Musculatura de campeón.

Cara de hiena hambrienta.

Ojos de verdugo.

Mac no necesitaba pensar demasiado para saber lo que había sido de los otros, los que faltaban. Comprendió que habían terminado tan destrozados como Spencer.

Burne se acercó, poco a poco.

Tenía delante de los ojos una nueva víctima.

No iba a desaprovecharla.

Su mente enfebrecida por el odio ya había maquinado un plan. A éste lo ataría a la cama como ellos habían atado a Marta. Le dejaría las piernas libres para que patease. Y con una barra de madera le estaría golpeando entre las piernas hasta matarlo. No podía, en este momento, imaginar una muerte peor.

Sus manos ansiosas, vibraban.

Un solo pensamiento ocupaba su cerebro: ¡matar!

Pero en ese momento le volvió a ocurrir aquello. En ese momento, notó otra vez el velo negro delante de sus ojos.

La figura de Mac se aproximó y se alejó, se aproximó y se alejó.

Burne hizo una terrible mueca.

Porque, unos segundos después, no veía nada... Nada... ¡NADA!

Sus ojos extraviados se perdieron en el vacío, mientras sus manos parecían palpar el aire.

Mac lo miró, asombrado, desde el suelo.

Al principio, tenía tanto miedo que ni siquiera notó nada, pero un segundo después se dio cuenta de algo increíble. Se dio cuenta de que él, armado con una «Luger»... ¡iba a luchar contra un hombre desarmado y que, además, estaba ciego!

Lanzó un grito de triunfo.

Y ése fue su único error: el grito.

Porque Burne se dio cuenta de que su enemigo iba a disparar, y entonces se lanzó maquinalmente hacia la cama, rodando por ella. La bala se empotró en la pared mientras Mac volvía a disparar rabiosamente.

Tres balas casi instantáneas. Tres impactos en la pared. Mac lanzó otro grito, pero éste de rabia, al darse cuenta de que no había alcanzado a su enemigo y de que ni siquiera podía verle, porque la cama le tapaba, de momento.

De estar Mac un poco más entero, hubiese podido disparar por debajo del mueble, pero el terrible impacto recibido unos momentos antes, aún le tenía al borde del K. O. y frenaba sus movimientos. Avanzó a gatas mientras buscaba el cuerpo de Burne.

Éste se frotó los ojos, pero la negrura más espantosa siguió flotando ante ellos. Y entonces le acometió una fría, una rabiosa, una definitiva desesperación.

Se dio cuenta de que iba a morir.

¡Iba a morir, ahora, cuando el grupo de violadores aún estaba casi intacto!

¡Cuando Marta aún no había conseguido huir!

¡Cuando podían destrozarla entre todos otra vez!

Iba a morir... ¡JUSTAMENTE AHORA!

Fue esa desesperación lo que disparó el cerebro de Burne, haciéndolo más ágil que nunca. Fue esa desesperación la que le hizo comprender que sólo tenía un recurso para intentar salvarlo todo... ¡sumir la habitación en la oscuridad! ¡Hundir a su enemigo en la misma desventaja que él!

¡Pero, infiernos!, ¿dónde estaba el conmutador de la luz?

¿Dónde?

Mientras, por los susurros, adivinaba que su enemigo le estaba buscando a gatas, el pensamiento siguió trabajando a una velocidad de pesadilla. Por la posición de la cama, comprendió que tenía que haber un conmutador, al menos al alcance de la persona que estuviese tendida allí. Lo buscó ansiosamente con los dedos y lo encontró.

Tlic.

Un gruñido le hizo comprender que la luz acababa de extinguirse, que Mac estaba casi tan a oscuras como él. Pero no del todo, porque por la puerta abierta se filtraba el resplandor de la otra habitación, aquella en que los hijos de la gran perra habían estado jugando a las cartas.

Burne tenía que jugárselo también, todo, a una carta, puesto que necesitaba cerrar aquella puerta para que Mac no pudiera huir y para que la oscuridad fuese completa en el dormitorio. Aun cuando no conocía la posición de su enemigo, recordaba perfectamente la posición de aquella puerta, de modo que dio una voltereta sobre la cama, se encontró de pronto al otro lado y cerró con el pie. Ahora sí que la oscuridad debía ser completa, porque Mac lanzó otra maldición.

Y disparó dos veces más, pero sin saber adónde. Las balas produjeron un ladrido extraño al arañar los barrotes de la cama. Aquel ladrido rebotó en su garganta como una puñalada.

Mac se pegó al suelo como una rata.

No sabía lo que le pasaba.

Aquella completa oscuridad que le envolvía había acabado de hundirle. El miedo le atenazaba de tal modo, que se puso a sollozar. No comprendió que su única defensa estaba en no moverse, en no respirar siquiera, para que su enemigo no pudiera localizarle en la oscuridad. Impulsado por la desesperación, se puso a aullar frenéticamente:

—¡Subid, maricas! ¡Subid a ayudarme, cabroooones! ¡Subiiiiid!

Pero si los que estaban abajo le oían, decidieron no arriesgarse. Mac sintió, de pronto, la angustia de su propia soledad.

¿Por qué no le atacaba su enemigo? ¿Por qué aquella fiera al acecho no saltaba? ¿Por qué?

Como un frenético se puso a disparar hacia la oscuridad,

confiando en que alguna bala le alcanzara, hasta darse cuenta de que el percutor golpeaba ya sobre el vacío. Había agotado todos los plomos del cargador, y no llevaba otro. Estaba tan desarmado como su maldito verdugo.

Y entonces comprendió por qué el otro no había atacado. Comprendió que había estado contando las balas..., ¡y sabía que, ahora, lo tenía a su merced!

En efecto, la voz brotó casi al lado.

—Ya te tengo, marica.

Mac se estremeció.

Las dos manos habían caído, como argollas, sobre su garganta. Intentó desasirse, pero una fuerza sobrehumana se lo impedía. Se dio cuenta, entonces, de que le arrebataban la «Germán Luger».

Y de que le metían el cañón en la boca.

La «Luger» tiene un cañón muy largo. Le llegaba hasta el fondo de la garganta.

La «Luger» tiene un punto de mira muy grueso. Le estaba destrozando la boca como un barreno.

Burne trabajó despiadadamente con aquello.

Arriba, abajo, arriba, abajo.

Mac no podía ni gritar.

La sangre llegaba a sus pulmones como un torrente.

¡Su propia sangre le ahogaba!

Era peor que una operación de amígdalas con un abrelatas. Toda su garganta, sus cuerdas vocales, su tráquea, estaban destrozados y no eran más que una masa sangrante que enviaba a sus pulmones chorros de líquido rojo. Burne no podía ver la cara de su enemigo, pero, caso de poder verla, se hubiese dado cuenta de que reflejaba un sufrimiento indecible, de que aquello era la máscara del horror.

Por fin notó que su víctima quedaba quieta.

El conocía bastante bien los espasmos de la muerte.

Y supo que aquello era el fin.

Mac acababa de reventar.

Y Burne le dedicó un último pensamiento la mar de caritativo. Ese pensamiento fue: «Una serpiente menos».

Avanzó hacia la puerta como un borracho.

CAPÍTULO VII

Dos cincuenta de la madrugada.

Sólo empujar la hoja de madera, se dio cuenta de que podía captar un poco de luz. Allí estaba la lámpara que enviaba la concentrada luz sobre la mesa, y esa lámpara pareció proyectarse sobre sus ojos como un estallido. Tuvo que llevarse las manos a la cara porque, de pronto le pareció que le habían herido hasta el fondo del cerebro.

Pero lo cierto era que sucedía lo de las otras veces: poco a poco, iba recuperando la visión. Burne sabía muy bien que acabaría perdiendo la vista para siempre, si no le atendía un médico enseguida, pero eso le importaba poco. Lo único que quería era aguantar esta noche. ¡Esta noche maldita!

Notó un roce junto a él.

Y entonces, sus ojos la vieron de nuevo.

Marta.

La chica semidesnuda, apenas cubierta por un pedazo de sábana.

La chica ensangrentada.

La chica que tenía motivos para no creer en nada, excepto en la muerte.

Y, sin embargo, sus ojos aún eran limpios, puros. Aún palpitaba en ellos la chispita de la vida. Después de ver a Burne allí, aún parecía pensar que hay algo que merece ser vivido.

Balbució:

—¿Por qué no me has dejado intervenir, Burne?

—Porque ya has sufrido bastante. Te he dicho que te estuvieras escondida y quieta, y celebro que lo hayas hecho.

—Bu... Burne, yo...

El dijo con voz opaca:

—Acabaré con ellos.

Detrás de aquella promesa estaba el silencio de muchas tardes que Marta y él habían pasado en silencio, sin decirse nada importante, pero sabiendo que los pensamientos estaban allí y les unían a los dos. Estaban muchas horas que ambos habían pasado juntos sabiendo que habían sido hechos el uno para el otro, aunque sin hablarse de amor.

Y de pronto aquel amor que nunca se confesaron había estallado, se había transformado para Burne en un rabioso deseo de venganza, en una oscura obsesión de matar a los que habían destruido sus ideales y sus sueños.

Pero sus pensamientos se cortaron aquí. Oyó la voz de la muchacha, que parecía muy lejana:

—¿Qué te pasa, Burne?

—¿Dónde?

—En los ojos.

Comprendió que aún se debía notar en ellos una expresión rara. Pero con la máxima naturalidad explicó:

—¿A mí? A mí no me ocurre nada...

—Es que...

—¿Cuántos eran, Marta? —le interrumpió bruscamente Burne.

—¿Cuántos? ¿Ellos?

—Sí.

—Eran... seis y uno que sólo miraba. La... lanzaba grititos de entusiasmo y... y...

De pronto se hundía; de pronto, la muchacha iba a estallar en un grito.

Él le sujetó la cabeza con una especie de cariñoso espasmo.

—Calma... —pidió—. Todo ha pasado ya. ¿Existe en esta casa un maldito sitio donde puedas lavarte?

—Justamente he... he... estado escondida en un cuarto de baño de... de ahí.

—Pues vuelve. No te ocupes de nada que no seas tú misma. Déjame a mí todo lo demás. Deja que llene de basura las cochinas tumbas.

E hizo un rápido cálculo.

Seis más uno, siete.

Había matado a cuatro.

Por lo tanto, quedaban tres.

Y los tres, quizá, aguardaban abajo, porque no se había oído el motor de ningún coche. Debían estar apuntando con sus armas a la parte alta de la escalera, pensando que bajaría por allí.

Narices.

En los labios del joven se dibujó una sonrisa siniestra.

Podía bajar al piso inferior, empleando la cuerda de la cual colgaba Perry. Y les sorprendería, entrando por una de las ventanas.

De modo que se descolgó por allí.

Para caer mejor, tuvo que sujetarse al cuerpo de Perry.

Éste llevaba, al menos, veinte minutos muerto, pero Burne le dijo con la mayor educación del mundo:

—¡Perdona, macho!

* * *

Dos cincuenta y ocho de la madrugada.

Los tres estaban aún allí. Los tres muy juntos, como si pensarán que así podían salvarse mejor.

Los tres angelitos:

Grover.

Baltimore.

Bayard.

Sentían que el sudor bañaba sus cuerpos y que un frío, cada vez más espantoso, les iba llenando la columna vertebral.

Habían oído los disparos y las voces de Mac. Una petición desesperada de auxilio, de la que no habían hecho maldito el caso.

Y ahora nada.

El silencio absoluto.

La muerte.

Los tres estaban apuntando con sus armas a la parte alta de las escaleras, tal como había imaginado Burne, porque estaban convencidos de que su enemigo aparecería por allí. No sabían que tuviese algún medio para descolgarse, por otro sitio, a la planta baja.

Los tres tenían armas de fuego, pero, sin embargo, temblaban. Se sentían como ratas metidas dentro de una jaula.

Bayard balbució:

—La que disparaba era la pistola de Mac...

—Sí. Y no se ha oído ninguna otra arma más que la suya.

—Lo cual indica que su enemigo no llevaba pistola...

—Seguro.

—¿Pues entonces por qué ha pedido socorro Mac?

—Se habrá asustado.

—¿Vosotros creéis que ha... ha matado al otro?

Intentaban animarse, pero la voz de Baltimore susurró:

—Si le hubiese matado, ya estaría ahí. Mac habría aparecido en lo alto de la escalera.

—Y si no ha aparecido, eso quiere decir que...

—Que está muerto.

Un temblor convulso se apoderó de los tres. El horror volvía a sobrecogerles. Fue, al fin, Bayard, el que dijo con entonación insegura:

—No podemos quedarnos aquí...

—¿Qué dices? ¿Qué huyamos?

—Tenemos el coche, ¿no? ¡Pues salgamos volando! ¿A qué hemos de esperar, malditos? ¡He dicho que salgamos volando!

Estaba a punto de perder los nervios. Grover intentó calmarle, mientras mascullaba:

—¿A qué viene eso? ¡Estamos ante un hombre solo!

—¿Sí? ¡Pues enfréntate tú a él!

Grove tragó saliva.

—Iré con vosotros —balbució.

—Pues abre la puerta que da a la rampa.

—Bi... bien.

—Baltimore conducirá —decidió Bayard.

Pero Baltimore aún farfulló:

—La chica nos ha visto bien... Nos puede reconocer...

—¿Y qué? Si nos atrapan nos caerán unos años, pero luego llegarán los indultos. Además, falta que nos atrapen.

Grove iba ya hacia la puerta.

Para eso tenía que bordear un par de columnas y unos sacos.

Llegó hasta allí.

Respiraba agitadamente, a causa de la excitación y de la fatiga.

Y, de pronto, se le cortó la respiración.

Porque acababa de verlo.

¿De dónde infiernos había salido?

Su expresión inhumana.

Sus puños enormes.

La sonrisa torcida de su boca.

Grove intentó sacar la pistola de su funda axilar y retroceder, pero ya era tarde. Las manos cayeron sobre sus hombros.

Fue un gesto casi amistoso.

Burne seguía sonriendo.

—¿Ibas a abrir la puerta, hermano? —susurró.

Grove no sabía qué pensar. Mejor dicho, no pensaba.

Su cerebro estaba paralizado totalmente.

De un modo maquinal, estúpidamente, hizo un movimiento afirmativo con la cabeza.

—Pues abre —dijo, amablemente, Burne.

—¿Qué?

—Nada, hombre. Que abras.

Grove estaba paralizado por el estupor, pero, aun así, una sola idea flotaba en su mente: para escapar tenía que abrir la puerta, y por lo tanto la proposición de su enemigo le favorecía. Después de todo, le estaba dando una oportunidad.

Por lo tanto la abrió.

La puerta era grande y muy ancha, pero normal, es decir se abría por un lado como cualquier otra. Dejaba el espacio justo para que pudiera pasar un coche de turismo.

Grove vio las estrellas exteriores.

¡Aún podía escapar! Aún po... po... podía...

De pronto notó que le sujetaban el pelo por detrás. Su cabeza fue colocada brutalmente junto a la jamba de la puerta.

¡Y ésta se cerró, apresándole!

Era como cuando uno se pilla un dedo con una puerta...

¡Pero a él le habían pillado la cabeza!

¡No podía escapar de allí!

Burne apretaba la hoja de madera con todas sus fuerzas.

Aquello, y el peso de la puerta le destrozaba las mandíbulas.

La nariz.

Le hundía las sienes.

Con la fuerza que él mismo estaba haciendo para salir, se arrancaba las orejas.

Pero aun así, logró salir un poco.

Y entonces quedó atrapado por el cuello.

Era eso lo que quería Burne.

Ahora entraban en la fase decisiva de la ejecución. La hoja de la puerta apretaba sin piedad el cuello de Grove. Éste notaba que sus vértebras crujían, que la lengua escapaba de su garganta.

Emitió un alarido terrible.

La vida se le escapaba a chorros.

El dolor era insoportable. Las manos aporreaban la puerta mientras Burne apretaba más y más. Pronto se oyó un crujido espantoso.

El cuello se había partido en dos.

Todo lo que quedaba de Grove cayó, como una cosa flácida.

Burne le dirigió una helada sonrisa.

—Tú has tenido suerte, hermano —dijo, con voz opaca—. Un poco más y escapabas...

* * *

Tres y cinco de la madrugada.

Sólo quedaban dos.

Baltimore y Bayard.

Sólo aquellos dos fantasmas inmovilizados por el horror, sin atreverse a respirar, oyendo, como en una pesadilla, la agonía del otro.

No podían ver la puerta, pero adivinaban lo que estaba sucediendo. Aunque no se enteraban de los detalles, una cosa estaba clara: Grover reventaba por todos lados.

Ni por un momento pensaron en ayudarle, El hecho de que su verdugo se presentase ahora aquí y ahora allá, les sacaba de quicio. Ya no eran capaces de pensar, ni de moverse ni de nada. Se habían convertido en sus propias momias.

Pero al fin Baltimore reaccionó. Necesitaba huir de allí. En la

penumbra del almacén de poco les iban a servir sus armas, pero, en cambio, tenían un magnífico coche al alcance de su mano. Por todos los diablos... ¿a qué esperaban?

—Te... tenemos que salir, Bayard.

—Pero Grover no ha podido abrir la puerta.

—Yo he oído un chasquido.

—¿Cómo si la abriese?

—Sí...

—En todo caso hay que intentarlo. ¿Crees que el coche lanzado a toda velocidad derribará la puerta?

—Un «Cadillac» es el coche más fuerte y más pesado de Estados Unidos. Si nos lanzamos con gas a fondo, es posible que se lleve por delante cualquier cosa, aunque el capó se hunda.

—Pues hay que probarlo... ¡y rápido!

—Pero poniéndonos los cinturones de seguridad. El golpe va a ser tan tremendo, que saldremos despedidos.

—Adelante...

—¡Vamos! ¡No hay un segundo que perder!

Se metieron en el coche y ajustaron los cinturones con movimientos nerviosos. Baltimore conducía. Era un tipo que, con un volante en la mano, se las había visto de todos los colores, de modo que se podía confiar en él.

Dio contacto. Gas.

Embrague. Primera.

¡AHORA!

Burne vio el coche antes de lo que esperaba. Lo vio venir aullando, cuando aún no había cerrado la puerta otra vez, porque estaba retirando el cadáver de su última víctima. Le quedó el tiempo justo para apartarse a un lado, rodar por el suelo y taparse la cabeza porque tenía la sensación de que el coche le arrastraría, también, a él.

Oyó el terrible impacto.

La puerta salió despedida de sus goznes. Todo el parachoques y el capó del «Cadillac» se hundieron. Los dos hombres que iban delante bailaron como marionetas a las que se colgara de un hilo.

Durante unos segundos quedaron detenidos, pero Baltimore, dándose cuenta de que los cinturones de seguridad les habían salvado, tuvo la serenidad suficiente para desembragar otra vez,

meter marcha atrás, retroceder, tomar impulso y dar a la puerta el último empujón que había de enviarla al diablo. Las anchas ruedas del «Cadillac» pasaron por encima del cadáver de Grover y luego patinaron estruendosamente en la rampa.

Demasiada velocidad.

El coche dio un bandazo.

—¡Cuidadoooooo!...

Era Bayard el que chillaba como un histérico, pero Baltimore consiguió enderezar aquella mole después de dejarse la mitad de la carrocería en la valla protectora de la rampa. Patinando como un condenado, llegó a la planta inferior.

Allí estaba la calle.

La libertad.

¡La vida!

—¡Lo hemos conseguido, Bayard!

Fueron a salir a la avenida, dejando el callejón, pero entonces el destrozado capó se levantó de golpe, impidiéndoles ver. Con desesperación, se dieron cuenta de que no les quedaba tiempo para enderezar las piezas.

Seguro que el verdugo venía tras ellos.

Tenían que seguir.

¡Seguir!...

Llegaron a la avenida, pero entonces Bayard fue presa del más absoluto pánico. Se dio cuenta de que así, sin ver nada, no llegarían ni a la primera esquina de Manhattan. Podía confiar en sus pies mucho más que en el «Cadillac».

Se deshizo del cinturón y saltó.

Baltimore aulló:

—¡Espérame, cabrito!

Pero el otro ya se estaba perdiendo de vista. Corría como un desesperado hacia el norte. Baltimore aulló:

—¡Hijo de zorraaaaaa!...

El grito se le ahogó en la garganta al darse cuenta de que tenía algo más importante que hacer: huir de allí. Con dedos nerviosos, intentó librarse del cinturón, pero un cinturón de seguridad es, a veces, el más implacable verdugo, sobre todo cuando uno está nervioso. La cosa más sencilla, que era librarse de él, no le acababa de salir a Baltimore. Se enredó dos veces, mientras oía los pasos a

poca distancia.

El verdugo estaba llegando allí.

¡Lo tenía encima!

Volviéndose como pudo, Baltimore disparó, pero sin ver nada. La calle se había llenado de sombras fugitivas, y cada una de ellas podía ser aquel fantasma implacable que los liquidaba a todos, uno tras otro. Mientras sus dientes chirriaban, forzó de nuevo el cinturón de seguridad, sin darse cuenta de que lo estaba retorciendo inútilmente. No se dio cuenta, tampoco, de que una de aquellas sombras se movía junto al capó destrozado. Ni de que lanzaba un fósforo encendido sobre el carburador chorreante.

La sombra tuvo justamente el tiempo que necesitaba para saltar a la acera. El coche se convirtió, de pronto, en una bola de fuego.

¡Y Baltimore estaba dentro!

¡Aún no había podido librarse del cinturón de seguridad!

Lanzó un aullido inenarrable, espantoso, mientras las llamas le rodeaban por todas partes. Mientras le devoraban, y convertían el «Cadillac» destrozado en una inmensa pira funeraria.

Las manos de Baltimore sí que salieron fuera.

Fue todo lo que pudo hacer.

Con una serie de brutales torsiones, su cabeza chocó contra el parabrisas, pero no pudo salir de allí. De pronto, el coche estalló por los cuatro costados, mientras las llamas se extendían por la calle desierta. Burne, quieto en la esquina, con los ojos hipnóticamente fijos en la figura que aún se movía, asistió al atroz espectáculo de su muerte.

Se oían gritos por todas partes, pero cuando llegaron los primeros patrulleros, el joven ya no estaba allí.

No estaba, tampoco, Marta.

Sólo el horror y el vacío planeaban sobre aquel escenario de muerte.

CAPÍTULO VIII

Tres treinta de la madrugada.

Bayard, el último superviviente, había logrado encontrar un taxi en la parte baja de Broadway. Mientras se derrumbaba en el asiento, sin poder creer aún que tuviese el cuerpo entero, barbotó:

—Lléveme a la Tercera Avenida, a la altura de la calle Cincuenta. Yo le indicaré la casa. No pierda un minuto. Corra... ¡Corra!

El taxista corrió. A aquellas horas, resultaba una delicia circular por Nueva York, incluso a lo largo de la zona de Broadway. Solamente en el cruce con la calle Cuarenta y Dos había animación y bullicio toda la noche.

Por la Tercera Avenida, las calles estaban desiertas y tranquilas. Nueva York era una ciudad muerta. A la altura de la calle Cincuenta, uno hubiese podido jurar que por allí no se habían deslizado, jamás, los pies de un hombre.

Mientras avanzaban hacia lo que para él podía ser la salvación, Bayard se iba tranquilizando, poco a poco. Pero cuando repasaba los acontecimientos le parecía increíble que un hombre solo y sin armas, hubiera podido dar con su pista y, encima, liquidarlos a todos, uno tras otro, mientras que ellos iban armados hasta los dientes. Claro que los había atrapado distraídos, y mientras estaban obsesionados por la belleza de la mujer a la que ultrajaban, pero eso no evitaba que a Bayard le sacara de quicio aquella situación. Habían sido todos unos imbéciles que no supieron luchar a tiempo. Si él se encontrara de nuevo ante aquel verdugo, otra cosa sería.

La verdad era que Bayard, cuando ya no corría peligro, se animaba él solito. Como para convencerse de que hubiera podido vencer, palpó la culata de su

«Smith & Wesson»

y luego hizo funcionar el arma secreta que sólo él poseía entre los miembros del grupo. Quizá por eso, por aquella arma secreta, Bayard no se cambiaba los zapatos casi nunca.

Con la punta de un zapato bastaba rozar un cierto sector del tacón del otro para que la aguda punta metálica saliera del tacón. Cada uno de los zapatos poseía una punta de aquéllas, las cuales surgían con la rapidez de la lengua de una víbora. Un golpe de espuela con uno de aquellos tacones podía matar a un hombre.

Pero ese arsenal —pensaba rabiosamente Bayard— no había servido de gran cosa. Todos se habían dejado atrapar. Todos yacían ahora muertos, destrozados, mientras el verdugo seguía buscándole implacablemente a él. Pero ¡maldita sea!, las cosas no quedarían de esa manera.

Un grupo como el que ellos formaban, no se destruye así como así. Tenían que conseguir una venganza sonada; tenían que destrozarse a aquella especie de fiera que había caído sobre ellos. Y con la ayuda de Caprani, al que ahora iba a ver, lo conseguirían. ¡Vaya si lo conseguirían!

Se detuvo ante la casa de cinco pisos —todos ellos al viejo estilo, todos con una elegancia que ya no abunda en Nueva York— donde tenía su cuartel general el hombre que les había contratado. Aparentemente, eran unas oficinas honradas; un centro comercial desde donde se distribuían productos a todo el país, pero unos cuantos iniciados sabían que allí estaba uno de los núcleos más importantes de la Mafia. Bayard estaba seguro de que allí no sólo encontraría apoyo moral, sino también la ayuda material que necesitaba, para aplastar a su enemigo.

Caprani organizaría por todo Nueva York una auténtica caza del hombre. Acabarían con él.

Le sorprendió ver un lujoso «Rolls» estacionado ante la puerta, y enseguida comprendió que Caprani le estaba aguardando. Caprani sólo usaba coches europeos. Bayard introdujo velozmente las puntas aceradas en el interior de los tacones, pagó la carrera y se acercó al coche.

En efecto, Caprani estaba allí, junto con tres de sus pistoleros.

Pinta de buen vividor.

Tranquilo.

Casi con una sonrisa paternal, flotando en sus labios.

—Sabía que vendrías, Bayard —dijo—. Te estaba esperando.

—¿Y por qué no me has esperado arriba?

—He imaginado que me necesitabas.

—Eso es cierto.

—Pues, si me necesitas, estoy dispuesto a ir adonde tú me digas.

Mis hombres son también tus hombres. Yo nunca abandono a los viejos amigos.

E hizo más ancha su sonrisa de buen padre de familia. Bayard casi se sintió conmovido, porque sabía que era verdad que Caprani ayudaba a todos sus satélites. Desde aquel momento supo que, con su ayuda, obtendría la venganza.

—No sé si llevas artillería, hermano —dijo Caprani, suavemente.

—Una

«Smith & Wesson».

—Escúpela.

Bayard la entregó a uno de los dos hombres que estaban en los asientos de atrás. Caprani, preguntó:

—¿Nada más, hijo?

—No llevo nada más.

—De acuerdo; devolvedle el petardo, es un amigo. A los amigos se les da confianza.

Y le pasó un cigarrillo a Bayard. Éste, que no había entrado aún en el coche, se lo puso entre los labios y aspiró con fruición, sintiéndose del todo tranquilo, por primera vez en muchas horas. Luego recogió la pistola que le devolvían, la metió en su funda sobaquera y miró a Caprani.

—¿Dónde ha sido el lío? —le preguntó éste.

—En el almacén de Perry.

—¿Te conviene que vayamos allá?

—Sí, y cuanto antes.

—Pues sube.

Bayard se acomodó entre los hombres de atrás, mientras Caprani ordenaba con un gesto al chófer que arrancasen de allí. Bayard volvió a aspirar el humo del cigarrillo, mientras sus pensamientos giraban, giraban, giraban...

De repente, preguntó:

—¿Cómo sabías que estábamos en un apuro?

—¿Y por qué no iba a saberlo, hijo?

—Pues porque... cuando telefoneaste dijimos que no había novedad. ¡Eso es! ¡Que no había novedad!

Caprani emitió una risita.

—Es que luego volví a telefonear —susurró.

—¿Y... y con quién has hablado?

Volvió a oírse la risita de Caprani.

—Con un desconocido —dijo—. Con un hombre que me dijo que os había matado a todos, y que había libertado a la chica. ¿Es verdad?

Bayard se mordió el labio inferior.

—Bueno... Efectivamente el lío viene de ahí —dijo, confusamente—. Alguien la ha liberado y... y ha hecho una escabechina.

—¿Por qué? ¿No le bastaba con liberar a esa mujer?

—Parece que no —susurró Bayard.

—¿Es que, además, quería vengarse de algo?

Bayard masculló:

—Más valdrá que lo sepas de una vez. Por el tipo de preguntas que me haces, es seguro que ese buitre te lo ha contado todo por teléfono.

—Algo de eso me ha dicho —murmuró Caprani con su actitud de buen padre de familia—. Pero quizá son cosas que se le han ocurrido a él, ¿sabes? Quizá no son verdad. Y como yo soy un buen amigo de mis amigos y, de todos modos lo voy a averiguar, quiero que tú me digas con exactitud qué es lo que ha pasado, hijo.

—La chica nos gustaba.

—¡Ah, eso es muy lógico!

—Pensamos que podíamos darnos un festín, mientras pasaba el rato.

—Buena idea, hijo, buena idea.

—Hicimos algunas cosas con ella.

Caprani se volvió para mirarle con fijeza. Seguía flotando en sus labios aquella sonrisa bonachona.

—De modo que lo pasasteis en grande...

—Sí, hasta que llegó ese tipo.

—No sabes lo que me alegra, hijo.

E indicó al conductor que se detuviera.

La sonrisa de Caprani se fue borrando de sus labios.
Los ojos duros y fríos adquirieron un fulgor de acero.
Y entonces Bayard comprendió.

No necesitó ni oír aquella voz que parecía llegar de muy lejos:

—Pero da la casualidad de que yo os había dado unas órdenes, muchacho. Me interesaba retener a la chica, pero sin líos. Se la hubiera devuelto a su padre entera, porque la palabra es la palabra. Ahora lamento haber confiado en unos aficionados como vosotros, ¿sabes, hijo? No te puedes imaginar cómo lo lamento...

El lujoso «Rolls» se había detenido. Estaban ante un callejón perpendicular a la calle Veintiocho, en el feudo de Caprani. Bayard se dio cuenta, repentinamente, de que allí no podía obtener ninguna ayuda, ninguna compasión. De que estaba tan perdido como una rata.

Pero no era tonto. Tantas palabras afectuosas, tanto hijo, hijo le habían hecho comprender que los funerales estaban cerca. Con un gesto repentino, tan veloz, que nadie pudo preverlo, sacó la pistola y disparó directamente a la cara del hombre que tenía a su izquierda. Una torsión repentina, instantánea, y fue a disparar también contra el de su derecha.

Pero aquellos dos tipos siguieron con la misma sonrisa de antes.
Ni pestañearon.

Demasiado tarde se dio cuenta, entonces, Bayard de lo que había ocurrido con la pistola que le devolvieron. Antes de eso, y mientras Caprani le distraía con sus palabras, la habían descargado instantáneamente. Le habían dado una falsa confianza antes de enviarle, a patadas, al fondo de la fosa.

Bruscamente fue sacado de allí.

Lo arrojaron a tierra como un fardo.

Y el propio Caprani sacó la soga. Bayard sabía que a Caprani le gustaban esa clase de ejecuciones. Quizá su verdadera vocación era la de verdugo en una ciudad de Texas.

Pero aún no estaba todo perdido. Caprani había engañado a Bayard, pero Bayard tenía un arma secreta que Caprani ignoraba. ¡Y se dispuso a usarla!

Un salto con los tacones por delante fue digno de un karateka. La aguda punta que sobresalía del izquierdo se hundió en uno de los ojos de Caprani, llegándole hasta el cerebro, mientras la otra le

perforaba el corazón. El doble grito que se oyó en la noche hizo que hasta los cristales más cercanos temblaran. Caprani se dobló sobre sí mismo, destrozado de dolor, mientras su camisa se iba empapando de sangre y mientras el mundo desaparecía de su único ojo. La garganta emitió un ronquido, un estertor, y cayó de rodillas sobre el asfalto mientras escupía un hilo de sangre.

Sintiendo que el miedo centuplicaba sus fuerzas, Bayard fue a atacar otra vez, pero los otros tres tipos ya se le habían lanzado encima. Eran expertos, e hicieron un trabajo implacable. Uno de ellos le rompió el brazo derecho, el otro el brazo izquierdo, y el tercero le aplastó varias veces la cabeza contra el asfalto. Cuando Bayard pudo alzar el rostro, éste no era más que una máscara de sangre.

La sogá pasó, entonces, por su cuello.

Un grito gutural, angustioso, partió de la garganta del condenado.

—¡Nooooo!

El tirón se hizo irresistible, lacerante. Su fuerza lo destrozó todo. El «Rolls» se había puesto de nuevo en marcha, arrastrando por el cuello el cuerpo de Bayard.

En la noche de Nueva York, Bayard tuvo su *paseo* triunfal. Lo dejaron en Washington Square, convertido en un guiñapo irreconocible. Después, el fastuoso coche siguió su marcha hacia las alturas de Manhattan. Ni uno solo de los *hippies* que dormían en la plaza se movió para ver más de cerca el cadáver destrozado de Bayard.

Ni uno solo de ellos leyó, tampoco, los periódicos del día siguiente, cuando los titulares de primera plana indicaron que uno de los reyes del hampa de Nueva York, Caprani, había muerto. Y cuando unos titulares más pequeños dieron cuenta de una infernal masacre en el South West Side.

Pero una mujer llamada Marta, sí que los leyó.

Y un hombre que estaba junto a ella.

Un hombre que, después de eso, tuvo que acudir enseguida a un médico porque empezaba a no distinguir las letras.

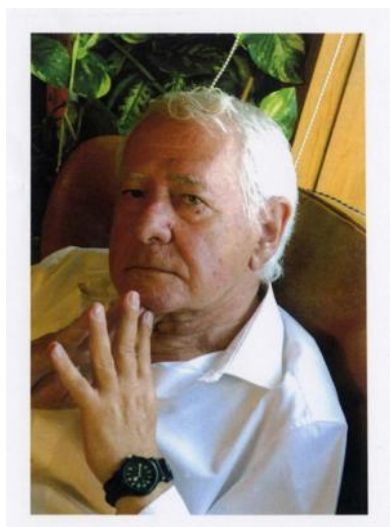
Pero Burne no se sentía triste por eso. Burne, al contrario, sabía que no iba a estar solo nunca más. Cuando Marta le acompañó al consultorio del médico, casi hubiera podido decirse que había en

sus labios una sonrisa.

Y es que el servicio municipal de limpieza de Nueva York, había tenido mucho trabajo últimamente.

Después de recoger tanta basura en las calles, la ciudad estaba más limpia. Lo único que pasaba era que aquella clase de basura la habían llevado al cementerio. No podía aprovecharse para maldita la cosa.

FIN



Francisco González Ledesma (Barcelona, 17 de marzo de 1927, 2 de marzo de 2015) fue un periodista, guionista de historietas y novelista español. Especializado en los últimos años en el género policíaco, fue considerado como uno de los principales impulsores de la novela negra de corte social en España, junto a Manuel Vázquez Montalbán. Bajo el seudónimo de Silver Kane publicó más de 1000 novelas, la mayoría novelas del oeste, aunque también escribió bajo los seudónimos de Taylor Nummy y Silvia Valdemar, así como novelas románticas como Rosa Alcázar y Fernando Robles, siendo su último seudónimo utilizado en

2007-08

el de Enrique Moriel para dos de sus últimas novelas.

El primer reconocimiento le llega en 1948 cuando gana, con Somerset Maugham y Walter Starkie en el jurado, el Premio Internacional de Novela gracias a *Sombras viejas*. Pero la obra premiada es censurada por el régimen franquista y se frustra el prometedor futuro del autor.

Coartado por la dictadura, González Ledesma empieza a escribir, bajo el seudónimo de Silver Kane, novelas populares para Editorial Bruguera. Desencantado de la abogacía, estudia periodismo e inicia una nueva etapa profesional en *El Correo Catalán* y, más tarde, en *La Vanguardia*, alcanzando en ambos periódicos la categoría de

redactor jefe.

En 1966 fue uno de los doce fundadores del Grupo Democrático de Periodistas, asociación clandestina durante la dictadura en defensa de la libertad de prensa.

En 1977, con la consolidación de la democracia en España, publica *Los Napoleones* y en 1983 *El expediente Barcelona*, novela con la que queda finalista del Premio Blasco Ibáñez y en la que aparece por vez primera su personaje emblema, el inspector Méndez. En 1984 obtiene el Premio Planeta con *Crónica sentimental en rojo* y la consagración definitiva.

Como abogado ha recibido el premio Roda Ventura y como periodista el premio El Ciervo. En 2010 se le otorgó la Creu de Sant Jordi por su trayectoria informativa y por la calidad de su obra, de proyección internacional.